

ALAN D. D.



ROJO CARMÍN

Alan D.D.

Rojo Carmín

Todos los derechos reservados.
Texto y portada: Alan D.D.

"El suicidio no significa que no hubo asesino".
Anónimo

"Nueve de cada diez hombres son posibles suicidas".
Benjamin Franklin

"No podemos arrancar una sola página de nuestra vida, pero podemos tirar todo el libro al fuego".
George Sand

"Huir de los problemas es una forma de cobardía y, si bien es cierto que el suicida desafía a la muerte, no lo hace por algún objeto noble sino por escapar de un ruin".
Aristóteles

Advertencia preliminar

Esta historia contiene descripciones gráficas de violencia y abuso, y bajo ningún concepto pretende idealizar o promover el suicidio como una solución a cualquier tipo de problema o situación.

Uno

Lo primero que escuché fueron las olas chocando contra el bote. Este se mecía errático, casi a la deriva. Luego escuché las voces apenas humanas. Recordé todo cuando apreté los ojos. La cabeza me dolía demasiado.

Habíamos decidido ir por lo seguro. Las navajas fueron desde las muñecas hasta la cara interna de los codos. No sé los demás, pero ya no sentía nada, ni lo más mínimo, gracias a las pastillas.

Recordé el sonido de la navaja entrando en mi carne, abriéndola con facilidad, la sangre saliendo, el olor metálico que inundó mi nariz, apenas podía recordar el dolor, pero no sí grité. De todas maneras no me importó. Ya había gritado varias veces, y eso debía de ser suficiente.

Las paredes blancas de mi habitación se volvieron borrosas en el acto, comenzaron girar, las luces fallaron, el piso se volvió más suave, y sentí que caía. Cuando algo acarició mi cabeza, supuse que había impactado contra el piso. Entonces cerré los ojos, agotado.

Sentí que el aire se me escapaba por los labios como si fuese el humo de una vela a punto de consumirse. Me hundí en la oscuridad, sin ver ni sentir nada, como si fuese un océano negro, hasta que sentí las tablas de madera debajo de mí.

Desperté después de los demás. Los tres estaban frente a mí y parecían asustados. Cuando intenté levantarme, el suelo tembló y uno de ellos me tomó del brazo. Mi herida seguía allí, sangrando.

Cuando me fijé bien, me di cuenta de que las heridas de todos seguían abiertas, como si fuese recientes. La sangre teñía el bote de rojo de adentro hacia afuera, pero la madera parecía absorberla, coloreándose cada vez más.

—Ni se te ocurra preguntar *en dónde estamos* —me dijo Ruby, para luego mirar a Amber.

—No iba a hacer —respondí, girando la cabeza—, supongo que esto significa que lo hicimos, ¿verdad?

—Puedes verlo de esa manera —dijo Obsidian, remando—, o como otro dolor en el culo con el que lidiar.

—¿Qué quieres decir? —Traté de ver algo más allá de la oscuridad y las aguias negras que nos rodeaban, pero fue inútil.

—No lo sabemos. —Ruby se mordió los labios—. Despertamos y vimos este lugar, pero no hay nada más. —Escuché los gemidos con más claridad entonces, ya despierto del todo, y Ruby pareció darse cuenta—. Mira hacia abajo, pero ten cuidado.

Sin decir nada, hice lo que me dijo. Me tomé con firmeza del borde del bote y miré hacia abajo.

Las aguas, casi tan negras como el cielo que nos cubría, estaban llenas de siluetas turquesas. Cuando presté más atención, me di cuenta de que eran formas humanas y animales, luchando con desesperación por llegar a la superficie.

Se golpeaban, pateaban, mordían, incluso se desmembraban unos a otros, a la vez que intentaban alcanzar la superficie. Cuando uno parecía estar cerca, los demás lo tomaban por cualquier miembro que tuvieran cerca y le hundían como podían, no sin arrancarle parte de su anatomía. La escena era aún más surrealista porque ninguno de ellos sangraba,

Me alejé bruscamente. Por eso el bote se movía de manera tan errática.

—Vaya, ¡bienvenidos! —Dijo una voz.

Estaba a punto de vomitar cuando me di la vuelta, tragándome el nudo en la garganta. Frente a nosotros había un hombre con una máscara de calavera, vestido con un abrigo negro largo y desgastado. Las largas telas daban interminables vueltas alrededor de su cuerpo raquítico. Jirones y retazos caían por doquier, flotaban a su alrededor y luego se unían en otro lugar, sin mostrar ninguna parte de su cuerpo.

—Deseo daros la bienvenida a las profundidades del Inframundo, más específicamente, al Río de los DesHechos, hogar, dulce hogar de aquellos que desearon irse.

—¿Se supone que eres...?

—Tened cuidado, Amber —la interrumpió, a la vez que levantaba un dedo negro—, no soy lo que entendéis como Muerte o la Parca. Vosotros los humanos nunca acertan, no importa la época en que lo intentéis. —El sonido de su risa me heló hasta los huesos.

—¿Es usted un demonio, entonces? —Pregunté. Amber y yo nos caímos cuando el bote tembló. Obsidian apretó sus manos alrededor de los remos, dejando escapar un gemido. Casi me había caído al río.

—No realmente, ni siquiera cerca, Opal. —Pude verlo sonriendo detrás de esa máscara—. Pero hemos de dejar estas cuestiones para más adelante, ¿estáis de acuerdo? Estoy aquí simplemente para haceros una oferta que podríais considerar. —Asumí que lo escuché después fue él aclarándose la garganta—. Bien podéis permanecer aquí todo el tiempo que queráis, esperando volver a renacer, o participar en un pequeño juego y... acelerar las cosas.

—¿Por qué lo haríamos? —Preguntó Ruby—. Esto no es lo que esperábamos, lo admito, pero debe haber algo más del otro lado de este río, ¿verdad?

—Pequeña, no hay nada más de lo que vuestros ojos pueden ver. —De nuevo, podía imaginar su sonrisa. Me hizo temblar, al igual que el bote en ese momento. Me estremecí cuando la atmósfera se volvió más fría que antes, y Obsidian pareció sentirlo también, pero no soltó los remos. Reparé entonces en que cadenas negras lo mantenían preso—. Esto es todo para vosotros. —El ser extendió los brazos y los bajó al hablar de nuevo—. Este es vuestro hogar, indefinidamente, hasta que decidáis aceptar o hasta que vuestras almas renazcan naturalmente, dependiendo de qué suceda primero.

—Momento, momento —le dije, sacudiendo la cabeza—, ¿esto es como una prisión?

—¿Qué más esperabais? Los malcriados e ingratos como vosotros no merecen el descanso y la paz que otros ganan con tanto esfuerzo. Aunque fue el camino fácil, los cuatro fuisteis valientes, es innegable, pero no lo conseguiréis a vuestra manera una vez más. No aquí.

—¿Esperabas que siguiéramos viviendo en una pesadilla?! —Gritó Ruby.

—Al igual que todos los demás lo hicieron en cualquiera de sus vidas. —Esta vez, colocó sus manos en su espalda—. Puede que hayáis escapado una primera vez, pero no habrá una segunda., de eso podéis estar seguros.

—¿Qué tipo de juego? —Me sorprendió lo segura que sonaba Amber. Ruby también la miró.

—Gracias por preguntar. —El hombre se acercó, y el bote se sacudió por tercera vez. Obsidian volvió a gemir, pero sus brazos seguían remando—. Es un juego simple. Todo lo que debéis realizar es repetir lo que acabáis de hacer: Matar a alguien.

—¿Qué? —Preguntó Ruby, estupefacta—. ¡No somos asesinos!

—Mirad vuestro brazo, Ruby, mirad el de vuestros amigos —dijo él, burlón—, los cuatro ya sabéis cómo hacerlo. No seréis expertos, he de decir, pero conocéis lo básico.

—No nos interesa —dije mientras tomaba a Amber en mis brazos antes de que se cayera

cuando el bote volvió a temblar.

—¿Seguro? Hay más sorpresas por venir. Este no es el final de vuestra historia, solo un capítulo más oscuro que los anteriores.

—Estamos seguros. —No tuve que mirar a los demás para saber que estarían de acuerdo conmigo, al igual que cuando acordamos ponerle fin a todo—. Sé que podemos soportarlo.

—Veamos si podéis soportar esto, entonces.

Caí y mis ojos se cerraron de golpe.

Al principio, no veía nada, como si durmiera, y se sentía igual que si durmiera. Me sentí cómodo, en paz, y el silencio era agradable. Me gustaba, era lo que esperaba que fuera la muerte. Sin embargo, la tranquilidad no duraría mucho.

Me desplomé, como si bajara en espiral en el océano. El agua entró por mi boca, mis orejas, mi nariz, hasta por mis ojos. Cada agujero y poro de mi cuerpo era una entrada que aprovechaba, entrando con fuerza, como queriendo destrozarme. Parecía ser una bestia enjaulada y furiosa, ansiosa por liberarse, una serpiente con largos colmillos, y pude sentir sus escamas tocar mi cuerpo desnudo.

Todo acabó cuando abrí los ojos.

Dos

Desperté en mi cama, en mi habitación, sintiéndome sofocado. Reconocí las paredes blancas, el televisor frente a mí, la puerta de madera a la derecha después del armario, la mesa de noche a la izquierda. Tal como la recordaba.

Me toqué la cara al levantarme, tratando de recuperar el aliento. Todavía estaba con mis pantalones cortos verdes y mi pecho desnudo, como solía dormir. Mirando alrededor, todo parecía ser normal. Toqué el sofá de la cama, y se sintió... real. Más de lo que esperaba.

¿Un truco?

No era ningún tonto. Recordaba haber muerto, el bote, a mis amigos, y al Hombre de Negro. Por supuesto que era un truco, pero no entendía el motivo.

—Va a morir. —Escuché a una mujer sollozar—. Va a morir.

La reconocí de inmediato, justo cuando percibí un olor a humo cerca de mí. La temperatura aumentó en segundos. El piso de cerámica blanca estaba frío, como siempre, cuando me levanté de la cama, pero cuando intenté abrir la puerta, descubrí que estaba cerrada. Lo intenté de nuevo, sin resultado.

—Va a morir, va a morir —dijo más rápido esta vez.

—¿Mamá? —La llamé—. Mamá, estoy aquí. ¿Podrías...?

—Va a morir, va a morir. Está muerto. Murió. Va a morir.

—¡Mamá! —Grité—. ¡Hey, estoy aquí, abre la puerta! —Pateé y golpeé, tratando de hacer el mayor ruido posible.

—Está muerto. Está muerto. Está muerto. Está muerto. Está muerto. Fallé. Fracasé. Fallé... Le fallé.

—¡Mamá, mamá! —Ella no respondió—. Mamá, oye, mamá, ¡estoy aquí!

Oí un disparo entonces, y algo cayó al suelo.

Me derrumbé, me hice pedazos y caí al vacío, azotado por un viento helado. Cuando volví a mis sentidos, desperté de nuevo en el bote. Ahora, era Amber quien remaba, con los ojos rojos por llorar, mientras que Ruby y Obsidian estaban al lado, delante de ella, y el hombre por detrás.

—¿Disfrutasteis del viaje? —Preguntó él.

—¿Qué demonios fue eso? —Ruby temblaba de ira, y miedo. Permanecí en el suelo, mirando los bordes del bote mientras se sacudía. Obsidian hizo lo mismo, pero se abrazó, acariciando sus doloridos brazos.

—Una muestra de lo que os espera. Cada vez que alguien que os conoció tenga una pesadilla por vuestra culpa, estaréis allí, hasta que esa persona despierte.

—¿Y por qué no estoy remando? —Preguntó Obsidian, tratando de detener los brazos de Amber.

—Es inútil —aclaró el hombre, antes de mover su mano. Obsidian flotó de regreso a donde estaba—. Sois libre porque ella tuvo la pesadilla más suave esta vez. Cambiaréis de lugar con quien tenga el sueño más... benévolo, y seréis encadenados al bote, uno después del otro.

Amber sacudió sus brazos, aterrorizada, tratando de liberarse, y soltó un chillido en el acto. Las cadenas se enrojecieron, como si se calentaran, se tensaron en sus manos, sometiendo y quemando sus músculos y obligándole a seguir remando, mientras el hombre la miraba.

—Entonces, esa es la oferta. ¿Aceptáis? —El hombre volvió la cara y nos miró a cada uno de

nosotros, primero a Ruby, luego a mí y finalmente a Obsidian.

—¿Cuánto tiempo pasará hasta que reencarnemos? —Preguntó Obsidian, levantándose para sentarse en el bote.

—Es imposible saberlo, muchacho —dijo riendo—, eso está fuera de nuestras responsabilidades como guardianes del río. Sin embargo, no podréis medir el tiempo aquí, supongo que ya os distéis cuenta

Miré al cielo negro, lleno de nubes oscuras de las cuales no salía lluvia, ni nieve, ni truenos, solo silencio. Mis ojos pararon en donde imaginaba que debería estar el horizonte, una línea difusa donde la luz turquesa del río se combinara con la negrura del firmamento. Allí no había tiempo. Era un punto muerto.

Un limbo

Un viento frío nos cubrió de nuevo. Lo escuché reír antes de caer una vez más, al igual que lo habrían hecho mis amigos, y desperté en un cementerio.

Solo había una persona allí, pero era imposible saber si era un hombre o un muchacho. Lo miraba desde atrás, encadenado a un árbol muerto. Unas pocas gotas frías acariciaron mi piel desnuda.

—¡Hey! —Grité sin poderme controlar—. ¡Estoy aquí! ¡Ayuda!

No se dio la vuelta, solo se cubrió las orejas y lloró. Las ramas de un nuevo árbol se enredaron en su cuerpo, apretando más con cada segundo. El sol se alzó de golpe, cegándome.

—¡Ayuda! —Repetí—. ¡Ayúdame!

Lo escuché sollozar mientras el sol se ocultaba igual de rápido que cuando se levantaba. Su cuerpo se cubrió por las largas sombras del crepúsculo, a medida que las ramas jalaban hasta desgarrar su cuerpo.

Abrí los ojos cuando gritó, reconociendo a uno de mis compañeros de clase. Mis ojos ardían cuando levanté la vista.

—¿Qué demonios?! —Gritó Obsidian, y supe por qué—. ¡Déjame...! —Un quejido ahogó sus protestas. Las cadenas se volvieron roas en el acto, chamuscando la piel cortada en sus muñecas.

Amber y Ruby despertaron y retrocedieron con brusquedad, provocando que el bote se tambalara casi lo suficiente para lanzarnos al río. Por un segundo, los gemidos y gruñidos de los muertos se escucharon más cerca y más fuertes que antes, hasta que el bote se estabilizó. Tragué grueso cuando solté el borde al que me aferraba con desesperación, mirando a los lados.

—Tratad de no caer allí —dijo el hombre, mirando al río—, no son afectuosos con las visitas, y si os lo preguntáis, tendréis que salir del río y subir a un bote nuevamente si queréis renacer.

—Estás demente —murmuró Ruby mientras Amber lloraba en silencio.

—Pensadlo, y volveré si uno de ustedes dice *aceptamos*. Buena muerte.

Tan pronto como terminó de hablar, la ropa del hombre se deshizo en el aire, convirtiéndose en retazos y jirones negros, mientras que su máscara se volvía polvo. Un viento helado se llevó todo, dejándonos solos.

Lo único que rompía el silencio el continuo remar de Obsidian, junto con sus ocasionales quejidos y los sonidos que llegaban distorsionados de debajo del mar. Evité las miradas de los demás, demasiado perturbado como para verles a la cara. En vez de ello, mis ojos estaban fijos en las criaturas submarinas, las almas en pena que poblaban el mar sobre el que navegábamos.

Aunque escuchaba sus gemidos, veía sus cuerpos destrozados y la manera en que se mutilaban sin descanso, me era difícil creer que aquellas criaturas fuesen humanas en el pasado. Me costaba

aún más imaginar a cualquiera de nosotros en ese estado, convertidos en bestias sin mente, sin corazón.

Sus rostros se retorcían en muecas imposibles, desesperados por llegar a la superficie, pidiendo una segunda oportunidad. Si lo que el Hombre de Negro había dicho era cierto, entonces todos ellos habían renunciado a la vida.

Reprimí una risa ante lo absurdo de la situación.

Amber seguía llorando mientras que Ruby, al igual que yo, contemplaba las aguas en silencio, aunque ignoraba lo que estaría pensando en ese momento. Parecía que los tres queríamos evitar pensar en Obsidian, quien había cerrado los ojos entonces, agotado y cubierto en sudor.

Me encontré en una habitación oscura cuando volví a caer. Demasiado oscura. Me esforcé en distinguir algo, pero no podía ver más allá de una película semi transparente que me rodeaba, la cual asumí sería cristal. Una luz verde fantasmal parecía salir de ellos, desdibujando mi reflejo en cada uno. Quise voltearme, pero mi cuerpo estaba congelado, paralizado por completo.

Tragué grueso, intentando no entrar en pánico. Probé cada músculo, cada articulación, sin resultado alguno, hasta llegar a mi cuello y cabeza. Respiré hondo y volví a tragar, sintiendo la garganta reseca y el pecho apretado.

Moví la cabeza a ambos lados, buscando algo o a alguien que me dijera en dónde estaba. Reprimí un gruñido de frustración. La garganta cada vez me molestaba más, así que tomé alientos más cortos.

El lugar se agitó entonces, y grietas blancas me rodearon, como una telaraña de luz que invadiera mi prisión. Mi respiración se aceleró ante las infinitas posibilidades, a la vez que un sudor frío me cubría el cuerpo.

Escuché que alguien lloraba en la lejanía, pero era un sonido tan tenue, tan débil, que apenas podía estar seguro de que era real. Me atraganté cuando volví a tragar saliva, y quise retorcerme cuando tuve ganas de toser y no pude.

Un fragmento del techo cayó sobre mí súbitamente, arrancándome un pedazo del hombro. Mi cuerpo entero se estremeció por dentro ante el relámpago de dolor que me recorrió. La sangre tibia salió en el acto. Mis labios se mantuvieron cerrados, así que aullé en silencio.

Apenas había recuperado el aliento cuando otro trozo de vidrio, más largo y afilado que el anterior, me atravesó el cuello y permaneció allí, ligeramente suelto. Sentí que estaba desgarrándome por dentro, pero mi cuerpo se negó a moverse.

Esta vez se avecinó una lluvia de vidrio sobre mí, rebanando piel, músculos, incluso huesos. Un fragmento en mi pecho, otro en mis piernas, uno que me arrancó una oreja... Golpe tras golpe, rogaba que el dolor me superara, a terminar inconsciente o en coma, pero cada vez, con cada herida que recibía, todo se sentía más real que antes.

Quería aullar, gritar, llorar, maldecir, temblar en el suelo y, por gracioso que parezca, morir una vez más. Ese tormento me superaba, era mucho más grande que yo, y deseé poder cerrar los ojos, los cuales se mantenían abiertos en todo momento.

De repente, los fragmentos dejaron de caer. Aproveché el momento para inhalar tanto como necesitaba, y aunque mis pulmones no se movieron, sentir el oxígeno entrar por mi garganta fue un alivio minúsculo. Estaba en paz. Por un segundo, estuve en paz. Eso fue antes de que todo el infierno se desatara de nuevo.

El suelo se abrió, dejándome caer a través de un túnel oscuro donde cada centímetro me cortaba. Perdía trozos de carne con cada impacto, convirtiéndome en eso, solo un pedazo de carne deformada.

Un golpe me rompió el pie izquierdo, mientras que otro me cortó la piel de la rodilla derecha. Perdí el aire de los pulmones cuando mi pecho impactó contra el suelo de piedras. Me quedé en donde estaba, incapaz de moverme, y a punto de colapsar, aunque sabía que eso no pasaría. Aunque me arrancara los ojos, no escaparía de lo que sucedía.

Desperté gritando cuando otro pedazo de vidrio me apuñaló por la espalda, clavándome definitivamente al suelo. El bote estaba lleno de sangre esta vez, o eso pensé. Ruby estaba temblando tanto que el agua entraba, tratando de liberarse de las cadenas.

—¡SUÉLTENME! ¡MALDITA SEA, SUÉLTENME!

El bote se agitaba cada vez más por los forcejeos de Ruby y sus gritos. El olor a carne quemada me inundó las fosas nasales. Las lágrimas que corrían por su rostro se habían vuelto verdes por el resplandor del agua, de repente más brillante que antes. Miré a los lados, incluso con la respiración acelerada, hasta que me di cuenta de lo que estaba sucediendo.

—¡RUBY, PARA! —Casi salté sobre ella, cubriéndole la boca con la mano—. ¡PA...! ¡AY! — Me mordió con fuerza suficiente como para hacerme sangrar. Antes de darme cuenta, la abofeteé. Ella me miró sorprendida al principio, mientras que ambos procesábamos lo que acababa de suceder—. Vas a hacer que el bote se de la vuelta —dije lo más tranquilo posible. Ella solo asintió, remando obligada, y lloró en silencio.

Obsidian y Amber nos miraban a ambos desde el otro lado de la minúscula nave como si estuviéramos locos, y supongo que, de hecho, los cuatro lo estábamos.

Tal vez el Hombre de Negro tuviese razón, después de todo. Ya habíamos matado a alguien, incluso si ese alguien éramos nosotros mismos.

—Vamos solo a... a respirar, vamos a respirar un poco. —No sabía si lo decía para calmar a Ruby, para calmar a los otros o a mí mismo. Puede ser que a todos nosotros, pero no me importó—. Sé que podemos soportarlo —repetí, y quería creerlo—, sé que podemos, hemos pasado por cosas peores, ¿no?

—Pero no podemos escapar esta vez. —Obsidian me miraba, sosteniendo a Amber en sus brazos mientras esta enterraba su rostro en su pecho.

—No escapamos —dije secamente. Siempre odié esa palabra—. Tomamos una elección, y ahora sólo debemos de esperar.

—¿Estás seguro? —Me miró como si fuera un niño. Su cabello negro cubría parte de su rostro, dejando visible la mitad derecha—. ¿Solo esperar? Todavía tenemos una opción.

—Solo tenemos que esperar, y ya. —Apreté los dientes. Odiaba discutir, y me desagradaba más aún que fuese con Obsidian.

—Dime eso después de estar allí —Obsidian señaló a Ruby, cuyo rostro se retorció de dolor. Tragué grueso.

—Bueno, esperar es darle tiempo al diablo, llamémoslo entonces. —Me sorprendió lo que estaba diciendo.

—¿Qué? —Preguntó Ruby. Mirándola, era difícil saber si tenía miedo de la idea o si sentía dolor. Probablemente ambas cosas.

—Dijo que podemos acelerar las cosas, ¿no? —Amber me miró, pero estaba demasiado perdido en mí como para notar que estaba aterrorizada—. Lo dijo, y podemos hacerlo. Dijiste que tenemos una opción, así que no hay necesidad de esperar a que pase nada. Bueno, pues vamos a escoger.

Tres

—No hagas esto, Opal —Obsidian no me quitó los ojos de encima mientras habló.

—Oh, no estoy haciendo nada, solo estoy de acuerdo contigo, amigo. —Una sonrisa cruzó por mi cara por un segundo.

—No lo decía...

—Claro que fue en serio —lo corté—, no empieces a hablar de adelante hacia atrás.

—¡Cállense! —Gritó Ruby—. Ambos cállense de una... ¡Ugh! —Nos quedamos en silencio, observándola mientras recuperaba el aliento. Ruby nos miró furiosa antes de volver a hablar—. No vamos a llamar a ese pedazo de mierda. Fin del asunto.

—Estamos juntos en esto, todos nosotros, los *cuatro*. —Amber pronunció la última palabra como si le doliera hacerlo. Sus ojos no dejaban de moverse un lado a otro—. Los *cuatro* decidimos hacer esto, juntos, y nos toca mantenernos juntos, como siempre hemos estado.

Obsidian se mantuvo en silencio después de eso. Se sentó en uno de los asientos de madera del bote, apoyando el rostro en sus manos y respirando hondo. Yo apreté los ojos antes de desviar la mirada hacia el mar de muertos, como si ellos pudieran responder a lo que estaba pensando.

El Hombre de Negro había dicho que podríamos esperar o acelerar el proceso, y en cualquier caso podíamos renacer y debíamos evitar caer en el río. Parecía sencillo cuando lo pensaba de esa manera. Me retorcí cuando una mano amputada enterró los dedos en los ojos de uno de los cuerpos, raquítico y lleno de heridas.

Existía poca diferencia entre ellos y los vivos, metafóricamente hablando. ¿Cuántas veces no me habían hecho sentir lo mismo en el colegio, en las calles, incluso en mi propia casa, cuando se suponía que esos lugares eran seguros en todo momento?

Las noticias siempre estaban plagadas de desastres, atrocidades, blasfemias hacia la vida. Las grandes religiones se llenaban la boca diciendo que el mundo estaba cayendo bajo la influencia de un ente maligno, infernal, curiosamente similar a los dioses paganos que por tanto tiempo lucharon por eliminar, cuando la realidad era otra. No había un solo culpable, ni dos ni tres. Cada persona llevaba la culpa impregnada en la carne, bestias camufladas que destruían todo a su paso sin darse cuenta.

Podía verles las heridas, algunas lo suficientemente profundas como para llegar hasta el hueso. Me estremecí. No pude evitar preguntarme qué habría provocado la caída de cada uno de ellos, cómo habían terminado en el río.

Tendría que esperar poco para conocer la respuesta.

Relámpagos azules recorrieron el firmamento, agitando la marea con cada estruendo. El viento chilló a nuestro alrededor como una sirena histérica. Ruby gritó cuando el bote se agitó con violencia, tambaleándose de un lado al otro, apenas haciéndose escuchar por el estruendo que nos rodeaba.

A pesar de la tormenta, escuché sus brazos dislocándose, los huesos desacomodándose y moviéndose entre sus músculos a cada segundo. Piel negra caía de sus muñecas, dejando ver los músculos al rojo vivo. Amber y Obsidian, al igual que yo, nos aferrábamos al borde del bote que tuviéramos más cerca, apretando los dientes.

Contenía el aliento cuando el bote se inclinaba peligrosamente hacia cualquier dirección. Igual que cuando estaba vivo, cerré los ojos para desconectarme de lo que sucedía a mi alrededor.

Escuchaba con claridad los crecientes gemidos de las bestias submarinas, pero por un momento parecían ser los gritos de mis padres, los gritos en clase, los gritos en la calle.

Escuché cada insulto, cada indirecta, cada palabra que me lastimó mientras respiraba. Cada cicatriz que había escondido día tras día se reabrió, sangrando más que nunca. Mi respiración se detuvo cuando una ola del río me bañó la cara.

Como si una mano intentara arrancarme la cabeza, unas uñas se clavaron en mi rostro, enterrándose hasta llegar a mi cráneo y rasgar tanta carne como pudieran. Las voces siguieron. La maraña de voces, ruido, gritos y odio me dominó. Quería que se detuviera, todo, quería volver a la paz de antes.

Volvieron los golpes, las patadas, los cortes, todos al mismo tiempo. Sentí cómo mis huesos se quebraron ante la lluvia de impactos, los recuerdos que creía estaban sepultados hace mucho. las veces en que me escupieron, en que me clavaron lápices en los hombros, en que me jalaban por el cabello, tan rubio y platinado que me empezaron a llamar Rapunzel desde el primer día del bachillerato. No me di cuenta de que me mordía los labios hasta saborear la sangre.

Una segunda ola me golpeó en la cara, apuñalándome como cien agujas de hielo en los poros, perforando incluso mis ojos. No supe si grité o no, pero mi cuerpo se rindió. Estaba rodeado de oscuridad, un negro aplastante que eliminaba mis sentidos con cada segundo, manteniéndome en la dulce ignorancia.

Quería ser fuerte, quería levantarme como otras tantas veces, como siempre. Quería pelear una vez más, solo una vez más, hasta que recordé que siempre era en vano. Siempre había sido en vano. Cada pelea estaba destinada a la derrota cuando la escogía. Siempre terminaba solo, apartado. Siempre los restos de una sombra.

—¡OPAL!

Algo me haló por detrás. Me golpeé la cabeza con fuerza. Mis ojos quisieron volver a funcionar, pero solo captaban destellos y formas borrosas. Escuché un chillido inhumano y el grito de Amber. Giré la cabeza hacia un lado, pero seguía casi ciego.

Una cosa con dedos afilados como cuchillas me tomó por las piernas desnudas y tiró de mí con desesperación, como si quisiera hacerme reaccionar y llevarme hacia donde estaba, pero lo que supuse que era un golpe la detuvo en el acto.

Cuando recuperé la vista, pude ver frente a mí un cadáver amarillento y húmedo, una de las criaturas que se suponía que poblaban el río debajo de nosotros, justo en medio del bote. Me arrastré lo más que pude, sorprendido de ver las heridas en mi pierna, bañadas en sangre.

Al ver de nuevo, me di cuenta de que la criatura tenía cuchillas por los dedos. La piel cubría sus dos ojos, su mandíbula estaba descolocada por los colmillos dentro de ella y tumores cubrían su cabeza.

Fuera de las cuchillas, el resto del cuerpo era moderadamente humano, aunque raquítico y carente de un brazo izquierdo. Podía contar cada uno de sus huesos, apenas cubiertos por una fina capa de piel amarillenta y cubierta de cicatrices.

Se movió de nuevo, como convulsionándose, antes de retorcerse y acomodarse frente a mí. Una larga lengua azulada, cortada por los mismos colmillos que perforaban su cara, salió entre los finos labios y lamió su cara.

Cuatro

La criatura me miró por un segundo antes de arrojarse sobre mí con las fauces abiertas.

Le pateé el cuello con la pierna lesionada sin pensarlo, gritando de dolor, pero la bestia se volvió sobre sí misma, retorciendo todos sus miembros y extremidades, para atacarme una vez más. Amber me tomó de un brazo, atrayéndome hacia ella. Un segundo después, la criatura chocó con el borde del bote, rompiendo una buena parte de él.

—¡Mierda! —Gritó Obsidian. Se abalanzó sobre la bestia sin pensarlo dos veces, la cual gritó ante el impacto y buscó cortarle el cuello.

El daño ya estaba hecho, de todas formas. Borbotones de agua entraban por la grieta, junto con lo que supuse serían huesos, pedazos de carne y músculos de los cadáveres.

—¿Os divertís? —Preguntó una voz. Cuando me volteé para mirar alrededor, el Hombre de Negro flotaba delante de nosotros, justo detrás de Ruby.

—¿Qué demonios está pasando?! —Grité desesperado, esquivando a la criatura cuando volvió a saltar sobre mí. Al verse burlada, la cosa intentó llegar hasta Ruby, que no dejaba de temblar y gritar. En un arrebato desesperado, le propinó una patada igual que yo, sin que sus brazos quemados dejaran de moverse.

—La llegada de un alma más, aunque nuestros amigos bajo el río gustan más bien poco de las bienvenidas —rió el hombre.

—No veo ningún otro bote. —Después de hablar, Obsidian golpeó la cabeza de la criatura, haciéndole morder su lengua con sus propios colmillos. El pedazo cayó en el bote, llenando todo con lo que parecía ser sangre coagulada, mientras el ser se retorcía de dolor.

—Oh, Obsidian, creedme cuando os digo que hay muchos, muchos más como vosotros aquí. No sois los únicos que *escaparon*. —Su tono burlón me desagradó lo suficiente como para revolverme el estómago. Sus ojos me miraron al terminar de hablar.

—No escapamos. —Intenté hablar con la mayor calma posible—. Nosotros *no* escapamos. Hicimos lo que teníamos que hacer.

—Podéis mentiros tanto como queráis, Opal, no os detendré, a ninguno de vosotros, para ser honesto, pero no cambiará el hecho de sois unos cobardes.

Su tono se oscureció mientras hablaba, helándome la sangre. El agua se agitó debajo de nosotros, e imaginé a los muertos que nadaban debajo de nosotros desesperados por subir.

—Todos y cada uno de vosotros, este bote y los de los demás, y todos los que vienen. Todos vosotros sois pávidos ante la vida, mocosos temerosos que se acobardaron ante un par de problemas. Preferisteis escapar en lugar de enfrentarlos.

—¡No escapé! —Grité fuera de mí mismo—. ¡No soy un cobarde!

—¡Cállate, Opal! —Me gritó Ruby, y la habría golpeado de no ser por Obsidian, quien me sostuvo por la espalda.

—¡Déjame ir, mierda! ¡Suéltame! —Luché por liberarme de sus brazos, sintiéndome una bestia enjaulada, pero él era mucho más fuerte que yo, siempre lo había sido. Seguía forcejeando a pesar de que era inútil, buscando patearlo, morderlo o hacer algo que lo obligara a dejarme ir.

Obsidian me soltó, pero no sin antes arrojarme al suelo para sacar todo el aire de mis pulmones. Amber intentaba mantener a la criatura lejos de ella, pero esta ya la había cortado varias veces en el tórax y vientre.

Me resultaba difícil creer que Amber sangraba a pesar de estar muerta. Mi estómago dio un vuelco al ver que la suya era sangre coagulada al igual que la de la criatura. Miré la herida en mi pierna, los cortes que aún me dolían, para darme cuenta de que ella no era la única.

Caí al suelo, tambaleándome. Me faltó el aire por un segundo, y la risa del Hombre de Negro me mareó aún más. Tenía ganas de vomitar. Solo escuchaba los golpes de Obsidian, los quejidos de Amber y a la criatura, que chillaba sin cesar. El silencio regresó repentinamente, aunque no del todo.

—Buena pelea, Obsidian —dijo el Hombre de Negro, todavía burlándose. Cuando abrí los ojos, la criatura ya no estaba allí—. Veo que vivir con vuestros tíos os ha sido de utilidad, ¿correcto?

—¿Qué? —Obsidian lo miró con asombro. Odiaba que le recordaran su parentesco con esas personas. Algo se agitó dentro de él, pero sabía cómo controlarse mejor que yo.

—Oh, no importa, solo digo tonterías. —Le restó importancia al comentario con un gesto desinteresado de la mano—. En cualquier caso, solo quería ver cómo os encontrabais, así que debo retirarme en este momento. Tratad de aguantar un poco más, tenéis toda una muerte por delante y esto recién inicia.

Perdí la visión justo cuando él desapareció. Aunque nada me lo dijera, sabía que era otro de esos sueños.

Estaba de vuelta en mi habitación, con las luces encendidas y la puerta cerrada. Algo se rompió cerca de donde estaba, y cuando levanté la vista, una chispa saltó del armario. Traté de abrir la puerta, pero estaba cerrada desde el exterior. Seguí intentándolo, pero sin éxito. Escuché otro chasquido, otra chispa que saltó. La cabecera de mi cama comenzaba a humear.

Tomé un respiro. Ya sabía que esto era solo una pesadilla, solo un sueño. Allí no podía pasarme nada, porque nada era real. Me lo repetí varias veces, queriendo creer mis propias palabras. El olor a humo se hizo más notable, y con otra chispa una pequeña llama apareció en mi cama.

Intenté abrir la puerta una vez más, pero sin resultado. Sin importar cuántas veces lo intentara, seguía encerrado. El aroma se hizo más fuerte que antes, y mientras más denso se veía el humo, más crecía la llama.

—¡Ayuda! —Golpeé la puerta con fuerza, esperando que alguien me escuchara—. ¡Alguien ayúdeme!

Ví sombras debajo de la puerta, como si una persona caminara justo en frente, y escuché su voz.

—¡Opal!

—¡Papá! —Mi voz se cortó cuando escuché la suya, rota, herida, como si le faltara el aliento, como si hubiera perdido toda su fuerza.

—Opal, ¿por qué?

—¿Qué? —Mi cama se rompió—. Papá, sácame de aquí, por favor.

—Opal, Opal. —Lo escuché llorar, y lo escuché cuando cayó al suelo.

—¡Papá! ¡Abre la puerta, papá!—Golpeé con fuerza, esperando que reaccionara.

—Opal, perdóname si te fallé. —Cuando levanté la vista, las llamas ya habían devorado el armario y la cama—. Lo siento mucho. —Empezaba a sentir calor, a escuchar el crepitar de la madera cediendo ante ellas. Intenté convencerme de que esto no era real otra vez, que nada me podía pasar, que nada era real, que nada pasaría. No pude.

—Papá, está bien, lo juro, está bien, pero abre la puerta. —Golpeé de nuevo, pero más fuerte que antes—. ¡Papá, abre la puerta!

—Te fallé, te fallé...

—¡Papá!

—Te fallé.

—¡La puerta, papá, abre la puerta! —No tenía sentido seguir intentándolo. No dejó de repetir esas dos palabras, sin importar lo que le gritara, lo que hiciera o dijera. Era la única respuesta que obtenía.

La mitad de mi habitación estaba envuelta en llamas para entonces. Ya sabía que no podría escapar si esperaba por mi padre, así que tuve que buscar cualquier otra opción, otra salida.

Examiné el marco de la puerta con los ojos llorosos, sin saber qué esperaba encontrar exactamente, hasta que mis dedos apretaron una parte, justo por encima del pomo de la puerta y la cerradura. La madera había subido allí, pero mis dedos eran demasiado gruesos para hacer algo.

Respiré, apreté los dientes y puse la uña debajo de la madera, tratando de levantarla tanto como pude. La uña se abrió de golpe y vi con horror cómo la sangre cubría mi mano en un instante.

—¡Mierda! —Pateé frustrado la puerta—. ¡Papá, abre la maldita puerta! —Grité desesperado.

—Te fallé, lo siento, Opal, lo siento, te decepcioné.

—Está bien, juro por Dios que esto no es nada y que no significa nada y que todo estará bien, pero déjame salir, solo abre la puerta y déjame salir. —Golpeé con cada pausa, y terminé pateando la puerta. Papá no respondió.

Algo se derrumbó detrás de mí, un pedazo de techo envuelto en fuego, atrapándome donde estaba. No tenía forma de moverme, y en mi impotencia seguía pateando la puerta, esperando al menos hacer un agujero.

Las llamas acariciaron mi espalda, haciéndome aullar de dolor, cortándome el aire. Mi voz ya no salió, y entre el zumbido en mis oídos y mi mareo no pude escucharlo, pero sabía lo que decía.

Recordé los momentos en que había peleado con él, la forma en que lo había tratado, las veces incontables en que le cerré la puerta en la cara, y quise disculparme. Quería pedir que me perdonara, pero de mi boca solo salió un jadeo. Decidí seguir intentándolo. Estaba condenado de todos modos.

—Yo... yo lo... yo... lo si... si... lo sien...

Una nueva llama me cortó el aliento. Caí al suelo, golpeándome la cabeza contra la puerta, todavía entera, y recordando tantas cosas que me dolieron más que el golpe.

Los momentos que había perdido, la risa de mi padre, la firmeza de sus abrazos, las veces en que salíamos a caminar, la forma en que jugaba conmigo cuando era niño, los chistes cuando comenzaba a crecer, las tardes mirando televisión a su lado...

De repente, ya no me importaba su carácter fuerte, su mente cuadrada, sus prejuicios, su mal humor, o que bebía y fumaba, que era un hombre duro, que me abrazaba más bien poco. Sus defectos eran parte de quién era, y todavía lo amaba y lo extrañaba, sin importar qué.

—Lo siento —dije con los pulmones ardiendo y con lágrimas en los ojos.

Era demasiado tarde para hacer las paces, y no estaba en condiciones de explicar lo que hice o por qué lo hice. No tenía derecho a decir nada más, así que repetí esas dos palabras, sollozando las que creía que eran mis primeras lágrimas sinceras en mucho tiempo.

—También lo siento, Opal.

Las llamas me cubrieron. Un grito desgarró mi garganta mientras mi cuerpo se chamuscaba.

Cinco

Tenía la garganta reseca cuando abrí los ojos, de vuelta en el bote. Mis ojos hinchados veían todo borroso, pero no me hacían falta para saber que algo estaba mal con mi cuerpo. Abrí los ojos de par en par, despertando por completo. Ahora era yo quien estaba encadenado.

—¿Qué?! —Grité despavorido—. ¡Sáquenme de aquí!

Me sorprendió ver a Obsidian, Ruby y Amber una vez más, esta vez los tres sentados en el bote, tratando de hacer algo con el agua que entraba por la grieta que permanecía a un lado. Los tres tomaban tanta agua como podían con las manos, colocándolas en forma de taza, para poder sacarla del bote.

—Olvidalo —me cortó Ruby sin siquiera mirarme, concentrada al igual que Obsidian y Amber en lo que estaba haciendo—, no va a detenerse. Punto.

Su voz sonaba mucho más cansada, agotada y, a pesar de eso, no dejó de ayudar. Obsidian me miró como si viera a un niño mimado, mientras que Amber lo hizo con pesar, casi lástima, como si quisiera ayudarme y supiera que no podía. Y la entendí. Apreté los labios, asintiendo en silencio. Era solo cuestión de tiempo. Justo lo que no teníamos.

Decidí hacer lo que Ruby me había dicho. Apreté los dientes y meforcé a no gritar. No tenía sentido hacerlo, o moverse tan siquiera. Incluso preocuparse era inútil. Mis brazos seguían remando sin importar lo que hiciera, así no luché ni forcejeé. Las cadenas se enfriaron en el acto. Era mejor olvidar, olvidarlo todo, a todos, todo lo que me rodeaba.

Olvidar a Obsidian, Ruby, Amber, al Hombre de Negro, el cielo, el mar, el aire, los truenos, la tormenta, los monstruos... Era más fácil olvidarlo, dejar de pensar. Por eso había tomado esa decisión, por eso es que los cuatro lo acordamos. Era lo mejor que podíamos haber hecho.

Cerré los ojos y me dejé llevar.

No quedaba nada por hacer, solo esperar. Nos iríamos de allí uno a uno, cuando fuese nuestro turno de regresar, o caeríamos juntos al río, tal y como llegamos, convirtiéndonos en bestias como los otros, zombis sin sentidos ni corazón, seres entumecidos hasta la médula.

No pude evitar pensar en la criatura que había logrado meterse en el bote. ¿Qué clase de vida habría tenido para decidir darle un final? No sabía de qué sexo era, pero su forma se parecía a la de una mujer, ese tipo de esqueleto que esperas de un cuerpo delicado, uno de constitución fina, pero no había forma de saberlo con certeza.

¿Qué le había hecho renunciar, hacerla olvidar toda esperanza? Estar en un bote no era garantía de nada, ya me había dado cuenta de eso, pero era preferible tener la posibilidad, poder esperar, que tener que luchar, tener que recuperar lo que fue tuyo una vez.

Seguí pensando en silencio mientras mis amigos seguían sacando agua. Todavía me sentía culpable por todo el episodio. La criatura me había atacado, y fue por mi descuido que logró subir. Si no hubiera sido por mí, estaríamos hablando, tratando de hacer que la espera fuese menos pesada, tratando de hacer que quien estuviera encadenado tuviera más fuerza para continuar. Pero había cometido un error, había sido descuidado. Cometí un error. Otro más.

Sin darme cuenta, me olvidé de todo, incluso a mí mismo, y sentí que me separaba de todo, de esa realidad a la que ahora pertenecía. El tiempo y el espacio ya no significaban nada para mí, no había nada que me atara a ese mundo más que el presente, y este también comenzó a desdibujarse con cada respiración que tomaba.

—Opal, maldito cobarde, ¿qué intentáis hacer? —Reaccioné cuando oí la voz del Hombre de Negro. Estaba frente a mí, tan cerca de mi cara que podría haber sentido su aliento y su respiración de no ser por el cráneo que usaba como máscara—. ¿Queréis desafiarme? ¿Es eso?

—Yo... yo... yo no... no hice...

—Ooooooh, pero casi hicisteis algo, pequeño idiota, casi os reíste de mí, casi. —Me tomó por la cara, justo como cuando el agua del río me golpeó. Esta vez, su toque helado hizo que mis facciones se congelaran en solo segundos—. ¿Creístéis que podíais dormir estando aquí? Tramposo bueno para nada, pero no intentéis nada extraño otra vez porque lo vais a pagar.

—Yo no hice.. Yo no... No hice...

—Intentásteis escapar, mocoso —dijo con burla—, pero calmaos, que no sois el primero, Opal, por supuesto, y mucho menos el último. Pero tened algo seguro. Quienes me desafían, quienes buscan conocerme en verdad, conocen mi verdadero yo, y todos se arrepientan. Preguntad a vuestros amigos bajo el mar si tenéis alguna duda al respecto, Opal. Adelante. Ya conocisteis al primero.

—¿Qué? —Preguntó Amber.

—Las reglas son simples —dijo el hombre, ahora alejándose de mí—, esperad o participad en el juego, pero si buscáis alguna otra opción, lo consideraré una ofensa ante mi autoridad. Este es mi juego, mis reglas y quienes no cumplen, así como las que cayeron del bote, se unen a mi jardín de almas, mi colección de basura.

—No lo haré...

— Claro que no, mocoso, no lo haréis la próxima vez porque *no* habrá próxima vez. —Mi garganta se secó ante el sonido de su risa—. Os di una elección, esperar o participar. ¡Elegid, entonces!

El hombre no dijo nada más, solo extendió los brazos y el bote se volcó. Su madera teñida de sangre se disolvió en el agua en cuestión de segundos, al igual que las cadenas. Me di cuenta de que flotábamos en una mancha roja que se expandía sin parar.

Manos y garras arañaron mi cuerpo con desesperación. Algo me mordió el dedo y tiré con tanta fuerza que sentí que la piel se despegaba. Escuché a los demás gritar, cada uno tratando de defenderse y ayudándose, pero yo estaba lejos de ellos. Estaba solo, de nuevo. Pataleé para amntenerme a flote, escupiendo el agua que se me metía por la boca y empujando a los dos zombis que intentaron arrancarme los ojos. Grité cuando ambos me mordieron los brazos.

Uno de ellos me quiso morder el pecho, pero le arranqué la cabeza con ambas manos. Sus cuerpos frágiles se destrozaban con facilidad, pero aquello estaba lejos de significar un descanso. Lancé la cabeza lejos de mí cuando esta quiso clavarme los dientes en la cara, mientras que unas garras me tomaron por las piernas.

Seguía luchando luchando, pero eran tantos que tan pronto como me quitaba uno de encima, tan pronto como una parte de mi cuerpo desnudo quedaba libre, una boca o una garra tomaban el lugar del anterior. Apenas podía mantenerme a flote.

El agua se agitaba cada vez más, ahogándome con cada ola negra que tragaba. Una garra me rasgó la espalda, abriéndose paso entre la carne hasta llegar al hueso. Se me cortó la respiración cuando una ola más grande que las anteriores me cubrió por completo.

Empecé a ver borroso. Mi cuerpo dejó de reaccionar de un segundo al otro. Algo me desgarró el pecho, justo donde una segunda cabeza me mordía. Sentí que me hundía.

Sabía que era una batalla perdida. No había nada que hacer mas que retrasar lo inevitable. Era justamente eso lo que buscaba el Hombre de Negro, quien nos miraba desde donde estaba.

Quería obligarnos a tomar una decisión, quería arrinconarnos, dejarnos contra la espada y la pared. Quería cortarnos todas las opciones y convertirnos en peones, simples mascotas en su juego.

—¡Participamos! ¡Participamos!

Amber se adelantó, gritando desesperada, cuando yo estaba a punto de decirlo. Vomité el agua que había tragado al ver que le faltaba un ojo. Su rostro estaba cubierto de sangre.

—¡Tenemos un trato! —Gritó triunfante.

Un círculo cegador de luz turquesa nos rodeó, desintegrando todos los cuerpos que estaban dentro salvo los nuestros. Un grito colectivo hizo añicos mis oídos, y estaba seguro de que sangraban.

Las telas negras que cubrían al Hobre de Negro se volvieron humo, desapareciendo en el acto, a la vez que su máscara caía al agua. Su cuerpo oscuro y atrofiado era igual de anórexico que el de las bestias, solo que el suyo parecía moverse desde adentro, como si varias serpientes se arrastraran debajo de su piel.

El mar se agitó más que antes, como si tratara de sumergirnos. Apenas conseguíamos mantenernos a flote. Tomaba tanto aire como podía cuando veía que una ola se avecinaba, y mis amigos parecían hacer lo mismo.

—Aquellos que pecaron, han de repetir el acto de traición que me los trajo hacia mí. Los que mataron volverán aquí, para ser sus guías y limpios salir.

El hombre miraba al cielo mientras hablaba. Nadé hacia Amber, que temblaba sin dejar de llorar. Una mano inquieta cubría el agujero en donde antes estaba su ojo derecho. Tragué grueso al ver entre sus dedos. Ruby la sostenía contra su pecho, a la vez que Obsidian me tomó de la mano y me acercó.

—Sangre a sangre y carne a carne, todo se repite y nunca muy tarde . ¡Lo que estaba muerto y ha sido maldito , para nacer se volverá su castigo!

El agua dentro del círculo se congeló por un segundo, antes de a girar en sentido antihorario. Obsidian me tomó de la mano y extendió una hacia Amber, quien la tomó y sostuvo a Ruby con la otra. Cerré los ojos. La marea nos sacudió, llevándonos al fondo.

Sentí el agua, densa, pesada, casi sólida, empujando contra mis labios hasta obligarme a abrirlos, y entró a la fuerza por mi nariz, mis oídos, incluso por mis ojos. Ahogó cada grito antes de que naciera.

Apreté la mano de Obsidian, asegurándome de que seguía a mi lado, de que al menos seguíamos juntos. Él siempre estuvo para nosotros, para mí, y siempre encontré consuelo en su sola presencia, esperanza incluso. Quería... *necesitaba* que él estuviera allí para mí. Apenas vislumbraba otros dos cuerpos, los cuales asumí eran Ruby y Amber, o eso me dije, sin querer pensar en cualquier otra posibilidad. Era todo tan confuso, tan frenético, que podía pensar a duras penas.

El agua se movió con furia, arremetiendo contra nuestros cuerpos. Mis dedos perdían su agarre sobre los de Obsidian, sin importar lo que hiciera. Abrí la boca para gritar por instinto, y una nueva bola de agua atravesó mi garganta. Me retorcí tosiendo, apenas reconociendo su cara entre los remolinos y los latigazos del agua, pero todavía con nuestros dedos entrelazados.

Me di cuenta de que tenía una mano libre cuando algo intentó tomarme de ella. Intenté soltarme en el acto, enloquecido, pero Ruby me hizo saber que era ella clavándome las uñas. Era la única chica que se las tenía puntiagudas. Apreté los dientes con fuerza. No me importaba si se rompían, pero no dejaría ir a Ruby tampoco.

Entonces dejamos de caer. Nuestros cuerpos se precipitaban hacia arriba, impulsados por una corriente invisible. El agua se movía por su cuenta, cada vez más frenética. No éramos más que simples juguetes, trapos sucios a la deriva, moviéndonos hacia donde lo dictara la marea. Quise gritar cuando Ruby me perforó más aún, pero tampoco tenía voz.

No era alguien, sino algo. Era una cosa, basura, tal y como me habían llamado por tanto tiempo. Un pedazo de carne para ser usado. Para entonces era inútil resistirse. Había perdido la batalla de todos modos, todos habíamos perdido. Ya estaba acostumbrado a la derrota.

Un latigazo de agua me noqueó, enviándome lejos de todos los demás, girando sobre mí mismo como un tronco muerto. Mi cuerpo se estremeció al recibir otro relámpago, el cual se ramificó por mis músculos y me mantuvo consciente. Por cada alarido de dolor que soltaba, el agua me quemaba la garanta como si fuese un montón de vidrios rotos.

Con un golpe a las costillas, solté el aire que no sabía que quedaba en mis pulmones. Apreté los ojos cuando el dolor me recorrió, y mi cabeza estalló en llamas luego de impactar con algo sólido.

Desperté.

No quise mover un músculo, ni un centímetro, y pensaba en si podía por lo menos respirar. Mi cuerpo maltrecho no reaccionaba, y tampoco quería que lo hiciera. El letargo actuaba como anestecia, y mientras menos me moviese, menos sería el dolor.

Ahora tenía algo sólido debajo de mí, algo que creí reconocer por un momento. Una risa sonó cerca de mí.

—Bienvenido, amigo —escuché que decía un hombre.

Mis párpados se apretaron en un acto reflejo, y aunque quería quedarme allí, no podía. Mi cuerpo reaccionaba, y ya se movía por su cuenta.

Estaba solo en lo que parecía una cueva. Volteando la cabeza noté que un lago oscuro estaba a mis espaldas, limitado por un muro de piedra. Cuando miré al frente, había un hombre blanco y rubio sentado en una roca negra. Estaba desnudo, igual que yo.

—¿Quién eres? —Pregunté mirando a mi alrededor. No había más que solo rocas, agua y oscuridad. —¿Dónde est...? —Tosí, escupiendo sangre.

—Jeffrey Dahmer, encantado de conocerte.

Seis

Lo miraba atónito, sin moverme. Mis ojos iban a los lados, queriendo entender lo que pasaba, pero volvían a los suyos, fríos e inexpresivos. Aquél hombre estaba quieto, aparentemente cansado o aburrido por la expresión en su rostro, con una luz extraña en sus ojos, el tipo de luz que precede a una sonrisa, una que sabía que nunca vendría. Tampoco quería que lo hiciera.

Tragué saliva.

Jeffrey Dahmer se veía exactamente igual a como lucía en una fotografía que vi de él años atrás. Llevaba el cabello rubio, casi blanco, demasiado corto, y su piel igual de pálida, apenas con algunas arrugas. Me inquietaba lo delgado que se veía, sumado a lo alto que era. Sus ojos apagados se movieron, dándome un respiro, pero sabía que no había dejado de prestarme atención.

—¿Hablas en serio? —Pregunté con precaución. Noté que la única salida estaba detrás de él. Mi corazón latía con fuerza.

—Sí, claro. —Su voz monótona me dio escalofríos—. Estoy aquí por ti.

—¿Por mí? —Asintió sin cambiar su expresión.

—Se supone que soy, em, algo así como un mentor, *tu* mentor, alguien que te prepare. —Miró a mi alrededor como yo, como si tuviera una conversación cualquiera conmigo.

—¿Prepararme para *qué*? —Contuve el súbito mareo cuando me puse de pie, pensando en mis posibilidades. No me gustó la respuesta. Sabía quién era y las cosas que había hecho. Había leído sobre él, veinticinco años después de su muerte, y ahora estaba allí en frente de mí

No podía dejar de verlo.

—Um, supongo que no te dijo de qué se trata. —Se pasó una mano por el cabello, como si estuviera estresado—. Um, es una especie de competencia.

—¿El Hombre de Negro, quieres decir? —Él asintió con la cabeza—. Dijo algo al respecto, y que tendríamos que matar a alguien.

—Eso es todo lo que necesitas saber, entonces. —Me estremecí cuando se puso de pie, y lo notó—. Se supone que no debo hacerte daño.

—No significa que no lo hagas —dije mirando hacia él, enfocado en la salida de la cueva.

—Es cierto —exhaló y algo cambió en sus ojos cuando Dahmer comenzó a hablar, esta vez más rápido—, pero la única salida está detrás de mí, no hay nadie más con nosotros y he estado aquí durante veinticinco años sin hacer nada más que mirar las piedras y el agua. —Me miró en silencio—. Si quisiera hacer algo, ya lo habría hecho. Confía en mí cuando digo que también quiero irme de este lugar, mucho más que tú.

Es un asesino en serie, me dije, no puedes confiar en él, es un experto en mentir y manipular, lo ha hecho con otros. No puedes confiar en él. No le hagas caso.

—Supongamos que tienes razón y que no quieres hacerme daño. Perfecto. Tú y yo, los mejores amigos en el infierno. ¿Por qué Jeffrey Dahmer, el Caníbal de Milwaukee, estaría esperándome? —Sonrió al escuchar el nombre con que la prensa lo bautizó.

—Pensé que ya habíamos pasado por esto. De acuerdo. —Soltó un suspiro, con los ojos clavados en el suelo de piedra mojado—. Hablemos honestamente entonces.

—Soy todo oídos.

—Estoy aquí porque tengo que pagar por lo que hice, porque soy el Caníbal de Milwaukee, y

tú eres mi oportunidad de redención.

—¿Perdón? —Me congelé con los ojos puestos en él. ¿Redimir a un asesino serial? ¿Era posible? No me atreví a pensarlo.

—Piensa que es un trato donde ambos ganamos —explicó—, en donde yo te enseñé cómo matar, tú lo haces, ganas, y ambos salimos de aquí.

—¿Y qué pasa si no quiero matar y ganar? O bueno, supongamos, ¿y si me matan? —Se me secaron los labios. Una parte de mí no quería saber la respuesta—. ¿Qué sucede entonces?

—Pues vas al río con las criaturas, luchando por salir a la superficie de nuevo, hasta que puedas quedarte, y yo sigo esperando aquí a que llegue alguien más.

—Claro. —Reí nervioso—. Me condenan por matar, y el asesino en serie sigue esperando.

—Así son las cosas, Opal. —Sus ojos cambiaron cuando habló esta vez. Se veía enojado. Me tragué el orgullo—. Así son las cosas, esas son las reglas. Si te sirve de consuelo, no puedo salir sin ayuda. Tú tienes el control aquí.

—Matar o no matar. —Una sonrisa se volvió a dibujar en mi rostro—. Claro...

—No finjas, tomaste esa decisión hace poco, y aquí estás. ¿Quieres estar allí en el río? ¿Sí o no?

—¡Por supuesto que no! —Y lo decía en serio. No podía siquiera considerar la idea. Lágrimas escaparon de mis ojos—. Pero no quiero matar a nadie.

—Bueno, tendrás que decidir de todos modos. —No me gustó la manera en que su rostro tembló al hablar—. Tienes 24 horas.

—¿Y cómo voy a saber cuándo se me acaba el tiempo? —Grité exasperado. Estaba enojado con él, con el Hombre de Negro, y con quien estaba detrás del diseño de esa competencia... *enferma*.

—No puedes —dijo sentándose, acariciando la roca debajo de él.

—Por supuesto que no puedo.

Dahmer guardó silencio entonces. Se dedicó a mirar los alrededores de la cueva y me di cuenta de que la luz detrás de él cambiaba, un alteración apenas perceptible. Las rocas negras lo cubrían todo, el río apenas se movía.

Nunca me miraba a *mí*. Me dije mentalmente que debía de alegrarme el ser de poco interés para alguien como él, pero estaba lejos de sentirme seguro.

Me enfermaba. Él, el lugar, la idea, los posibles resultados y todo lo demás. Y todavía no podía aceptar completamente que me castigarían por no matar. Sí, él esperó un cuarto de siglo, y seguramente no sería el primero, mucho menos el último en llegar a esa maldita cueva, pero tomar mi vida fue mi derecho, mi elección, siempre lo fue y seguiría siendo *mi* vida.

Así había sido desde el principio, desde el primer aliento, desde que mis padres me dieron un nombre y desaparecieron de la faz de la tierra. Para ellos fue suficiente llenar unos papeles y arrojarme a un edificio que se volvería mi casa por los próximos diez años, hasta que dos personas decidieran que yo era lo que buscaban. Solo era una compra más, un mueble para decorar *su* hogar.

No sabes por qué lo hicieron. Ah, pero lo habían hecho. Las razones importaban poco. Lo habían hecho. Saca la basura, cariño. Los odiaba por dejarme atrás, por haberme olvidado, y odiaba aún más cuando los demás me juzgaban, aunque a veces me daba risa. ¿Quién mejor que yo, el huérfano, el bastardo no deseado, para juzgar? Parece que las cosas funcionaban así en el mundo de los vivos.

—Es una cosa curiosa, ¿no lo crees? —Dijo Dahmer de repente.

—¿Qué? —Espeté. Reparé en que, primero, temblaba de ira, y, segundo, que él sonreía.

—Toda esa violencia y rabia dentro de ti, ¿alguna vez has pensado en lo que podría hacer si las dejás salir? —Parecía disfrutar con decirlo.

—Prefiero no hacerlo.

—Somos humanos, animales, bestias. Odiar es nuestra naturaleza, es parte de lo que somos, es lo que nos hace lo que somos. —No despegó sus ojos de los míos mientras hablaba—. Al igual que matar.

—Puede ser, pero soy mejor que eso.

—¿Tú? —Quería hacerme dudar, y yo no quería—. Piensa en lo que dices, Opal. Estás aquí, solos tú y yo. —Un dedo delgado me señaló y luego apuntó a su pecho—. ¿De verdad crees que somos tan diferentes? —Contuve el aliento. *No eres como él, no eres como él*—. Yo maté a muchos, tú a uno, y algunos solo lo piensan y lo desean, se regodean ante la posibilidad. ¿Somos los humanos *tan* diferentes? Y si es así, ¿la diferencia la hacen los actos o los números?

—Yo... Yo no...

—Esa no es una pregunta real —me cortó—, aunque ya sabemos la respuesta. Todos lo sabemos. Además —agregó con una sonrisa—, lo hacemos para comer, para beber, para poder vivir. Animales, plantas, minerales. ¿Acaso los humanos somos tan superiores que no podemos hacer lo mismo entre nosotros?

El silencio que siguió a su voz se hizo más incómodo con cada segundo. Una parte de mí concordaba con Dahmer, y la otra gritaba horrorizada, diciéndome que me callara y que lo ignorara, que tenía que esperar hasta que despertara de esa pesadilla. *Espera lo mejor*. Como si fuese tan fácil.

Sabía que no iba a despertar. Esta vez, no habría un felices para siempre. No para mí. Esto era real. Yo era real. Incluso el maldito Dahmer era real.

—¿Qué tipo de competencia? —Pregunté para cambiar el rumbo de mis pensamientos.

—Es una especie de... torneo. —Volvió a su tono neutral, desinteresado del todo—. Sí, esa es la palabra correcta.

—¿Rondas y cosas así?

—Mas o menos. Llamémoslas así. Descansas después de matar a alguien, y alguien más hace lo mismo, comienza la nueva ronda, pero la segunda persona no puede descansar.

En paz descance, por ahora. Sonreí al pensarlo.

—O sea... Mientras más rápido sea, más tiempo descanso y me preparo más... ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, exactamente. —Allí estaba de nuevo, esa luz roja en sus ojos, casi hambrienta—. Si eres rápido, descansas y tienes la ventaja.

—Caza al estilo de las escondidas... —Pensé en voz alta, mis ojos fijos en el suelo húmedo. Sin importar cuánto tiempo pasara, mi vista seguía igual de pésima que cuando desperté.

—Tienes razón de nuevo. —Me relajé al verlo regresar al estado frío de antes. Entonces es la mención de la sangre y al muerte lo que lo altera.

Permanecí en silencio por un segundo, recordando todo lo que había dicho hasta ahora, los callejones sin salida y la falta de opciones. Era como mientras estábamos en el río, apenas un par de minutos atrás. Aún así se sentía como si hubiera sido un recuerdo perdido hace mucho tiempo.

Era surrealista, por decir lo menos, cuando comparé ambos escenarios. No se sentía como la vida real. ¿Pero qué era real ahora de todos modos? ¿Dónde estaba la línea que separaba a la cordura de la locura? La había perdido de vista.

—¿Cuánto tiempo tengo? —*Y desde hace mucho tiempo.* Bajé lo ojos a mis manos, reparando en que temblaban. Acaricié mi palma derecha con mi dedo índice izquierdo. Mi propia carne se sentía extraña.

—No lo sé. —Su voz volvió a cambiar, como si temblara por lo bajo—. Pero tienes que aceptar y participar de todos modos.

—Está bien, sí. —Intenté no escuchar mi propia voz—. Acepto.

Tan pronto como hablé, las rocas se desplomaron a nuestro alrededor, pero ninguna nos tocó. Era una lluvia mortal que respetaba nuestra presencia. Dahmer tenía una sonrisa enferma en los labios. Intenté respirar, y no pude.

Siete

Solo cerré los ojos. Nada más podría pasar, e hice lo que esper... No, lo que me *exigieron* hacer. Las rocas cayeron alrededor cuando sentí los ojos de Dahmer sobre mí. Sus ojos me examinaban sin perder detalle de lo que hacía, como si no pudiera ocultar nada ante ellos. Temía que confiar en él si quería salir *vivo*, así que descarté mis pensamientos.

—Bueno, eso ciertamente tomó menos que la última vez. —Cuando abrí los ojos, estábamos en una playa.

Naranjas y violetas decoraban el cielo, los colores del crepúsculo. Las aguas limpias acariciaban la arena blanca debajo de mis pies. Me di la vuelta, pero no había nada más que ver, solo una llanura interminable a nuestras espaldas. Era la viva imagen de la desolación.

Me di la vuelta con prisas y me concentré en el agua. Ya sabía que no podía confiar en nada ni nadie, no podía dar nada por sentado, pero por lo menos el atardecer que tenía en frente me daba algo de calma. Siempre disfrutaba de ver ese espectáculo, y tenerlo en ese momento me hacía sentirme con suerte. *La necesitarás*, dijo una voz en mi cabeza.

—¿La última vez? —Aunque podía adivinar la respuesta, mis labios formaron las palabras de todos modos.

—El chico que vino antes. Él... se rompió. Dijo que no podía y que no lo haría. —La forma en que habló al respecto fue como si se tratara de algo banal, como si fuese una conversación cualquiera—. Trató de escapar, pero solo... Ahora está en el río, con los otros.

Otros. No éramos nadie, nada, solo números, un grupo. Aquí no había yo y tú, solo... éramos *los otros*.

Demasiadas imágenes poblaron mi cabeza, pero no quería ni necesitaba saber cuál de todas era la real, aquella que había sucedido quién sabe hace cuánto tiempo. Podía seguir adelante sin saber qué habría sido de mí de haber estado en esa situación.

Mis ojos se mantuvieron fijos en el océano, un manto de azul pacífico que se extendía hacia el infinito. Era difícil aceptar que todavía estábamos en el inframundo. O el infierno. La calma me duraría poco.

—Es mejor que comencemos —dijo Dahmer, sacándome de mis pensamientos—, ¿no crees?

—¿Qué? ¿Aquí? ¿Ahora? —Lo miré confundido.

—No hay razón para no hacerlo.

—Yo... Yo solo... —No sentía cansancio, hambre o sed, y nada me dolía. Solo estaba asustado. Bueno, no, no solo asustado. Estaba aterrado hasta la médula. Quería gritar, chillar, llorar y pedir una segunda oportunidad. Quería recuperar a mis amigos y volver a estar en el bote. No quería estar en la maldita playa—. Sí. Tienes razón. —Sonrió ante mi respuesta.

—Por supuesto que sí, entonces... —Pareció considerar las siguientes palabras. Apretó los labios y desvió la mirada antes de seguir—. ¿Qué sabes sobre matar? —Se sentó en la arena blanca. Lo miré, sin saber qué hacer, si gritar o reír.

—Yo... Yo... —Se me trabaron las palabras en la lengua justo cuando abrí los labios. Respiré hondo—. Solo que ves en las películas, supongo.

—Detalles. —Apretó los ojos, los suyos fijos en los míos—. Sé específico.

—Yo... —Me sorprendió lo suave que era la arena cuando me senté en ella—. Sé cocinar, así

que sé, el cuchillo, sé usarlo.

—Bien, está bien —asintió, esta vez con los ojos en al arena —, ¿qué más?

—Um, tengo brazos fuertes, tal vez puedo asfixiar a alguien. Y... No sé, ¿qué tal prenderles fuego? —Un escalofrío me recorrió la columna. Se me secó la boca.

—Asfixiar está bien, pero olvídate del fuego. —Lo desestimó con un gesto de la mano—. Requiere mucho trabajo. Necesitas algo... rápido y efectivo. Por ahora, concéntrate en usar un cuchillo.

—¿Y dónde voy a conseguirlo, para empezar? —*Concéntrate en tu respiración, concéntrate en tu respiración.*

—Estás aquí solo para practicar y planificar, no para luchar contra nadie. Cuando llegue el momento, tú y yo caminaremos hacia el agua e iremos a donde sea que tengas que pelear.

—¿Quieres decir que...? —Me congelé ante la idea.

—¿Qué? —Me miró a los ojos—. ¿Creíste que irías tú solo? —Me estremecí ante su sonrisa—. Cada participante va con su mentor, es para ayudarlos en caso de que haga falta.

—Los dos... —Las palabras se escucharon extrañas en mi boca. Quería sentirme más seguro ante la idea. Dahmer era una leyenda, su vida fue llevada a libros, películas, series, documentales, había logrado aterrorizar a una ciudad y traumatizar a todo un país. ¿Por qué no sentía...? Oh, claro, era por la sonrisa en su rostro.

—Sigue adelante —me apresuró—, ¿qué más sabes?

—¿Veneno, tal vez? —Dahmer negó con la cabeza.

—Te arriesgas a que no sea suficientemente rápido. Enfócate en conseguir algo rápido y efectivo, y desecha el resto.

—Bien. Déjame pensar, solo un minuto. —Dudaba de que fuese suficiente, pero quería silencio. Necesitaba que hubiese silencio. Mi mente estaba en blanco, vacía. Hasta que...—. ¿Bombas caseras? —Me miró interesado. Comencé a hablar más rápido con cada palabra—. Toma una botella, llénala con alcohol, ciérrala con tela, prende fuego al extremo exterior y tírala. Necesita un poco de preparación, pero creo que podría ganar tiempo y causar mucho daño.

—Tienes razón. Me gusta. Guarda esa idea en caso de que puedas usarla. Ahora —respiró hondo y me miró—, ¿qué hay de pelear? Mencionaste el cuchillo, asfixia, la bomba, ¿pero qué vas a hacer si no hay nada cerca y tu oponente es más fuerte que tú? —Dahmer levantó una ceja, interesado en la respuesta.

—Pues... No mucho, pero... —Esperaba no recurrir a ello, no quería decirle que era un inepto. A saber qué haría si se lo decía.

—Entonces vas a pelear a distancia. Bien, bien... Está bien. —Dahmer apretó los labios, con la mirada perdida—. Sin embargo, necesitarás conocer lo básico, para que puedas estar preparado, pero siempre toma distancia si no puedes ganar en una pelea a mano desnuda.

—Ajá. —No necesitaba decírmelo dos veces. *Mejor prenderle fuego a todo el maldito lugar*, pensé.

—Importante. —Levantó un dedo, llamando mi atención hacia sus ojos, ahora rojos—. Cualquier cosa puede matar, solo debes ser creativo. —Me contuve para no removerme incómodo—. Toma lo que primero que veas, lo que tengas a la mano, y úsalo. No planees nada, *nada*. Te vas a enfocar solo en eso, y no verás las demás posibilidades. Toma lo primero que veas y úsalo, una y otra vez, hasta que ya no puedas más o tengas que correr. Y si corres, *corre*. —Un escalofrío me recorrió el cuerpo al escuchar esa última palabra.

—Sí, sí, lo sé. —Me ponía nervioso escucharlo en ese estado, con los ojos abiertos y las

manos inquietas.

—No basta saberlo, Opal. Duda, solo una vez, te congelas por un segundo y se acabó.

—Pero... —Me cortó chasqueando los dedos.

—Estarás en el río. —Hizo como si no hubiese hablado. Tragué saliva—. ¿Quieres eso?

—Yo...

—¿Quieres eso? —Preguntó de nuevo, sin escucharme.

—No —dije con un hilo de voz.

—¡¿QUIERES ESTAR EN EL MALDITO RÍO?! —Me congelé—. Pensar, dudar, tener miedo, planear, cualquier cosa que no sea matar te va a enviar al río, y se acabó, en un segundo. ¿Crees que morir fue rápido? —Sus ojos no se desviaban ni un segundo de los míos—. ¿De verdad lo crees? No será *nada* en comparación. —Lo miré atónito, sin voz—. Te lo dije. Eres un animal. Actúa como tal, o se acabó.

—Cla... Claro.

—Y para que lo recuerdes, puedes caer al río, pero yo volveré a este limbo. —Dahmer sonrió de nuevo. —Las rocas volverán y me tocará esperar a alguien una vez más, pero *tú* tendrás que luchar para subir a un bote, quedarte allí, y empezar desde cero.

—Lo sé. —Apenas escuché mi propia voz—. Lo sé —dije con más fuerza, apenas más fuerza. Ya me dolía la cabeza.

—Perfecto. Ahora — dijo mientras se levantaba—, atrápame si puedes.

—¿Qué? —Pregunté sin entender.

—Soy la presa y tú el cazador.

No esperó a que me pusiera de pie antes de correr, porque... ¿Por qué lo haría?

Ocho

Caí al suelo cubierto de moretones.

Cada vez que me cansaba antes que él, Dahmer me golpeaba hasta aburrirse y me obligaba a intentarlo de nuevo. Se volvía alguien diferente, una persona llena de furia, desesperación, dominada por la sed de sangre.

Resultaba evidente que disfrutaba de hacerlo, a pesar de ello significara que no estaba listo para pelear. Había esperado por alguien con quien jugar, y ser el único que tenía cerca en ese momento me convertía en el juguete perfecto.

Correr, pelear, patear, incluso morder. No dejó nada atrás y me enseñó cómo encontrar siempre el lugar correcto. Si no era para lastimar a alguien, al menos servía para liberarme y ganar tiempo. Como estábamos en una playa, no había forma de practicar nada con cuchillos, bombas o cualquier otra arma.

Me soltó de golpe, lanzándome a la arena y mirándome. Entendí que habíamos acabado. Aunque me dolía todo el cuerpo, no me sentía cansado. Seguro solo me daba unos minutos para que se me pasara.

Me dejé caer en la arena y repasé mentalmente lo que me había dicho hasta entonces. Si encontraba un cuchillo, debía apuntar al cuello, pecho y cabeza. Otros lugares solo servirían para salir del paso, ganaría tiempo para actuar, pero solo eso. Si cortaba suficientemente profundo, sería una muerte instantánea. En el peor de los casos, la pérdida de sangre les debilitaría y morirían por hemorragia.

Mi respiración era lo único que rompía el silencio que me rodeaba, lo cual me alegraba, contrario a lo usual. Dahmer se acostó no muy lejos de donde yo estaba, mirando al cielo, con el agua apenas tocándole los pies. Verlo desnudo me incomodaba e inquietaba a partes iguales, así que cerré los ojos.

Quería dormir un poco, olvidarme de lo que estaba pasando por lo menos por unos minutos, pero pronto descubrí que no podía. Parecía ser algo imposible para los muertos, sin importar que mantuviera los ojos cerrados.

—Deja de perder el tiempo —dijo Dahmer, apoyándose en un codo para verme mejor—, los muertos no sueñan. —*¿Qué pasó con el “descance en paz”?*

Me tomó tiempo encontrar algo que me relajara casi tanto como dormir. Me mantenía acostado, respiraba lentamente, y me enfocaba solo en eso. Había escuchado que se llamaba ciclos de respiración, respiración consciente, otros decían que era solo meditar. Era indiferente para mí siempre y cuando funcionara.

Por un momento, logré olvidar la herida perennemente abierta en mi brazo derecho, la sangre que dejaba un rastro escarlata en la arena. Aunque empezaba a ver esa línea roja que iba desde mi codo hasta la muñeca con otros ojos. Me ayudaba a relajarme, más que todo por el contraste de su color, vibrante, *vivo*, en mi piel pálida, junto con el sonido de las gotas carmín al caer.

Extrañaba algunas cosas. La luz del sol de las mañanas, la brisa del viento, el sonido de otras personas hablando, salvo cuando yo era el tema de conversación, y aún así, seguía sin una razón para arrepentirme. Estando allí, finalmente en paz, sentía que estaba en lo correcto, que *estábamos* en lo correcto.

Sí quería a mis amigos de vuelta, sí me hacían falta mis padres, y sí, incluso echaba de menos

las opciones, los caminos que podía tomar, la libertad que venía con estar vivo... Pero eso era mi ayer, mi pasado, y solo podía enfocarme en el aquí y el ahora. Finalmente podía descansar, y ganar.

Lo único que sí extrañaba era el sueño de volverme artista. Desde niño había sido bueno dibujando, como si mis manos pudieran percibir algo que mis ojos no, y era aún más notorio cuando tomaba pinturas.

Respiraba mejor si mezclaba colores, y se me aceleraba el corazón al trazar una, dos, tres líneas, lentamente haciendo aparecer algo en el lienzo o el papel. Era como estar vivo, como si antes hubiese estado en coma y apenas despertara.

Pensé por mucho tiempo en convertirme en un artista profesional sin siquiera acabar mis estudios. Ni siquiera me gustaba, era más un tipo de persona autodidacta, aprendiendo y practicando por mi cuenta, a mi ritmo, en vez de seguir los pasos para conseguir un papel que dijera "Soy inteligente". No era esa clase de muchacho. Mi último año en el bachillerato hubiese sido el último de mis estudios formales de no haber sido por mis compañeros.

Los papeles rotos, las veces que escupieron en mis lienzos, cuando me tiraban la pintura a la cara, incluso los golpes con los pinceles que casi me arracaron un ojo más de una vez... Todos y cada uno de ellos, durante cinco años. *Ahí va el museo*, solían decir antes de golpearme y bañarme en acuarelas.

Noté el cambio de colores en el cielo, regresando a la actualidad. Un segundo estaba nadando en recuerdos agrídulces, y al siguiente estaba de vuelta en una playa infernal con Jeffrey Dahmer. Era como el comienzo de una mala broma: Estás en la playa con un asesino en serie...

Repité hondo al levantarme. Mi cuerpo obedeció a pesar de que protestó. El agua al frente de nosotros comenzó a hervir, al tiempo que surgía de las profundidades un muelle de madera, corto y sin decoración alguna.

—Supongo que esto es todo. —Reparé en que Dahmer estaba a mi lado. Se veía muy relajado. Demasiado para mi gusto. No me atreví a verlo—. Espero que estés listo.

Suprimí una sonrisa nerviosa. Nada como un baño de sangre para comenzar el día. Claro, ¿por qué no?

Nueve

Fue como saltar a una piscina llena de agua hirviendo. Grité en cuanto toqué el agua caliente, y un instante después esta entraba por mis labios, quemándome desde adentro. Me retorcí hasta chocar contra algo sólido.

La pesadilla duró unos escasos segundos, pero la piel me ardía, seguía cubierto en agua y sin poder respirar. Mis músculos entumecidos se estremecieron por el brusco cambio de temperatura, incapaces de mantenerse quietos.

Mis ojos tardaron en acostumbrarse a la pobre iluminación del lugar, percibiendo solo sombras negras alrededor, innumerables manchas cuyas formas no reconocía. Sus bordes se hicieron más definidos al cabo de unos segundos, hasta que me di cuenta de que estaba en una cocina con suelo de madera y paredes azules.

Lo único que escuchaba era el sonido de mi respiración errática. Miré a ambos lados, sin saber qué esperaba encontrar, pero fue un alivio ver que estaba solo, al menos por el momento. Me levanté recordando lo que Dahmer me había dicho sobre el cuchillo. *Al mal paso, darle prisa.*

Inhalar, exhalar, inhalar, exhalar. No pensaba en otra cosa mientras revisaba la cocina en busca de cualquier arma, aunque tampoco había mucho que ver. El mobiliario consistía en una mesa pegada a la pared, con sus tres respectivas sillas, todo de madera oscura, frente a un refrigerador aparentemente averiado. Un microondas, una licuadora... Apenas habían electrodomésticos, pero me importaban las gavetas. Las abrí con prisa, agradeciendo que no hicieran ruido, y tanteé a ciegas, hasta dar con el que parecía ser el más grande de los cuchillos.

Ver mi reflejo en el filo del utensilio me congeló. Mis ojos estaban fijos en mi rostro, pálido, demacrado, detallando cada centímetro. ¿En qué me había convertido? ¿Acaso era esto lo que me esperaba desde el principio? Una sonrisa apareció en el reflejo, que luego se convirtió en dos, cuando tomé una segunda arma.

Tiempo atrás había escuchado que, antes de nacer, se nos marcaba un destino, un punto final del que no podíamos desviarnos y que era imposible evitar. Si así era, ¿ese era el mío? Me volteé, incrédulo, sin saber en qué pensar.

¿De qué valía haber soportado tanto, aguantado, esperado, si ese sería mi último capítulo? ¿Para qué? La escena distaba de sentirse real. Una brisa me provocó escalofríos, erizandome la piel.

Rápido, me dije, solo... Solo hazlo rápido. Rápido y efectivo. Rápido y efectivo. Las palabras de Dahmer se convirtieron en mi mantra, en mi verdad, la única verdad y el único destino que necesitaba. *Rápido y efectivo.*

Me debatí entre si podría contar con él y llamarlo o si mejor esperar. Tragué saliva, mirando a la mesa oscura a mi izquierda. Considerando... Considerando las circunstancias, prefería esperar, tener un minuto de paz antes de que se desatara el infierno.

Entonces me encontró, mirando el espacio vacío y pensando en qué hacer. Me arrojó una silla, caí, salió corriendo, y se escondió en donde no pudiera verla. Tanto mi respiración como los latidos de mi corazón se aceleraron. Se me erizó la piel. Había empezado. *Rápido y efectivo, rápido y efectivo.*

Me levanté aferrando ambos cuchillos para evitar que mis manos siguieran temblando, tratando de adivinar dónde me escondería en su lugar. Cuando salí, me incomodó el silencio que reinaba en

la habitación, espeso y pesado como una roca,. Decidí no encender las luces antes de tener un plan y salir de la cocina.

Una puerta en el lado izquierdo me condujo a una sala de estar casi vacía con el mismo estilo que la cocina. Piso de madera, paredes de azul oscuro y pocos muebles, casi ninguno, o eso pensé cuando entré. Había un sofá, un par de sillas y mesas, junto con un estante con libros y jarrones. Parecía ser un hogar normal, aunque no había ventanas ni puertas que dieran al exterior. *Por supuesto que no*, pensé.

Antes de terminar de pensar, algo me pateó en la espalda. Choqué contra el sofá y se me subió a la espalda, apretándome el cuello. *No pienses*. Fue en retroceso, choqué contra la pared y escuché que apenas pudo contener el quejido.

Me alejé cuando sus brazos me soltaron, y mi cuerpo se heló al verla. Detrás de una mujer desnuda bañada en sangre, había una niña cubriéndose el cuello con ambas manos, respirando con dificultad. Hubiera reconocido su cabello dorado en cualquier lugar.

—Amber —dije en un susurro.

—¿Y vos debéis de ser Opal, correcto? —Dijo la mujer. No podía verle su rostro por las sombras—. Es bueno ver a un joven tan guapo por aquí.

Su piel era inhumanamente pálida, con lo que pensé que sería sangre seca cubriéndola aquí y allá. Estaba seguro de que su cabello suelto tenía un color bronce, pero se veía rojo bajo la luz. Intenté no mirar sus piernas e ignorar lo incómodo que me sentía.

Sin previo aviso, la mujer me pateó, esta vez apuntando a mi cabeza. Me lancé a la derecha, aterrizando en el suelo, soltando uno de los cuchillos y cortándome la mano izquierda con el otro. *Dahmer, maldita sea*. Me levanté antes de que la mujer me pateara de nuevo y caminé hacia atrás, sin que mis ojos dejaran su figura.

—Amber, cariño, recordad lo que os dije. —Parecía excitarse con cada palabra, pronunciando como si tuvieran un sabor dulce en su lengua—. El amor y el odio van de la mano. —Estuve a punto de vomitar cuando sonrió igual que Dahmer—. Amad intensamente, sin reservas. Dadle todo el amor que merece a vuestro... —Me miró por un segundo—. *Querido Amiguito*.

Amber corrió hacia mí sin decir nada y sin hacer ruido. Me golpeó el estómago mientras procesaba lo que pasaba. Luego de tomarme por el cabello, me estampó la cabeza contra la pared. Ví rojo al caer. Un gemido me hizo mirar hacia atrás. La mujer observaba todo sentada en el suelo, mientras que sus manos bailaban frenéticamente en medio de sus piernas.

Me las arreglé para dar la vuelta en el suelo antes de que Amber me pateara, y escuché sus huesos crujir contra la pared. Cuando levanté la vista, Dahmer estaba de pie detrás de mí.

—Bathory, un placer conocerte, puta del averno. —*Ese nombre*. Recordé las historias, entendiendo por qué estaba cubierta de sangre. Ella rió.

—¿Vos hablando de prostitutas? —Se levantó, lamiéndose los dedos. Mis ojos se alternaban entre ella, Dahmer y Amber, que seguía en el suelo, sosteniendo el pie herido.

Él tenía mi otro cuchillo y trató de cortarle la garganta, pero Bathory fue más rápida. Se escabulló entre sus piernas, y antes de que Dahmer se volteara ella lo tomó por el cabello e hizo lo mismo que Amber conmigo. Dahmer la tomó con los brazos, se dio la vuelta y la levantó desde atrás, lanzándola al frente de sí. Amber me golpeó mientras estaba distraído, tumbandome al suelo.

—¡Amber, Amber! —Me alejé de ella a tiempo para evitar un segundo golpe—. ¡Oye! Soy Opal ¡Espera!

No importaba cuánto gritara y tratara de razonar con ella, lloraba en silencio y se movía tan

rápido como cuando bailaba en las obras de la escuela. Siempre aprendía rápido, pues no en vano tenía talento para el baile.

Recordaba haberla visto detrás del escenario, asegurándose de que cada cosa estuviera en su lugar, para que todo saliera según los planes. Era sorprendente lo rápido que memorizaba las rutinas, algunas incluso creadas por ella.

Bailar era para Amber lo que la pintura para mí. Era su catarsis, su ruta de escape. La danza la volvía reina en un mundo invisible. Tan pronto como subía al escenario, con las luces y las miradas posadas en ella, se convertía en otra persona. Estaba más viva que en cualquier otro momento.

A pesar de todo, nos sentíamos más vivos que nadie. Teníamos un propósito, una misión: queríamos cambiar *nuestro* mundo, no el de ellos. Pero tomó un día terminar con todo. Justo un día antes, el peso fue más de lo que pudimos soportar, incluso estando los cuatro juntos, el Club de los No Muertos, como nos llamaban.

Por un segundo, vi en sus ojos el brillo de siempre. Esa era la Amber que conocía, una chica simple que se perdía en el baile, dejando que su alma cantara a través de su cuerpo. Sin embargo, estaba en ese agujero conmigo.

—Lo extraño, ¿sabes? —La miré atónito. Se había detenido por un momento, mirándose mientras apoyaba las manos en una silla. —Extraño el escenario, las luces, los aplausos, la libertad, la música, incluso a los malditos de la banda que no sabían tocar. —Murmuró algo mientras lloraba que no logré escuchar. Agitó la cabeza y la sostuvo con ambas manos—. ¡No debería haber dejado que me quitaran eso!

Me dejó sin aire con una patada, y de pronto no eran solo patadas, sino golpes, rasguños, mordidas, y más. Mi cuerpo no reaccionó a pesar de sus ataques, en choque por lo que me había dicho.

No debería haber dejado que me quitaran eso.

Sus palabras fueron como puñaladas, resonando en mi mente. No sentía el piso debajo de mi cuerpo, mis músculos llorando de dolor, o escuchar a Dahmer gritar mientras luchaba con Bathory. ¿Cuál era el punto?

—Disfrutad, cariño —dijo ella—, recordad cuánto podéis sentir, *todo* lo que podéis sentir, y dejad que bailen a vuestro lado cada uno de vuestros sentimientos. Bailad de nuevo, pequeña. —Bathory parecía ronronear—. Bailad. —Rió mientras apuñalaba a Dahmer en el pecho, pintando el piso de rojo. Gritó de nuevo, pero no la escuché más. Parecía estar muy lejos de mí.

No debería haber dejado que me quitaran eso.

Una voz en mi cabeza me dijo que tenía razón. Yo los había convencido a todos, y Amber fue la última en aceptar. Cada uno consiguió sus píldoras, un paquete por persona, y compramos una botella de vino entre todos. Había sido *mi* idea. Había acabado con los cuatro.

—Recordad lo que es estar viva —siguió la condesa—, todos esos escenarios que os esperan, lo mucho que os extrañan, lo mucho que *os necesitan*. Brillaréis, pequeña, más que cualquier otra. —Con un solo movimiento, abrió un hueco en la pared con la cabeza de Dahmer, quien se desplomó a sus pies. Bathory tomó un plato del estante a su derecha y lo lanzó a los pies de Amber.

Mi amiga tomó uno de los pedazos y me miró a los ojos. Su cabello cubría el agujero en su rostro. La bloqueó con un brazo cuando vino hacia mí, pero lo atravesó de todos modos. Grité. La empujé. La tuve encima una vez más, solo un segundo después.

Dahmer gritó cuando Bathory le clavó las uñas en el estómago, jalando tanto como pudo tomar

en su mano. Su cara se volvió todavía más pálida.

—Si ella gana —dijo escupiendo sangre, cayendo de rodillas al piso—, Bathory volverá a vivir.

Dejé de pensar en ese momento. Golpeé a Amber en el estómago con la rodilla, sacándole todo el aire de sus pulmones. Sangre coagulada salió del agujero en su cabeza. Se detuvo por un momento, el tiempo suficiente para apuñalarla en el pecho.

Todo se detuvo entonces.

Con las manos manchadas, me alejé de ella arrastrándome por el suelo, aterrorizado. Amber cayó con un ruido seco y escuché a Bathory jadear. Me ardía la mano, la cual me limpiaba sin parar.

De los poros de Amber salía sangre negra cuando cayó. No dejaba de gritar, de agitarse, pero sin moverse de donde estaba. Parecía que se derretía. Manos de color carmín salieron de la piscina coagulada que rodeaba a mi amiga, la tomaron por las piernas y la arrastraron hacia abajo.

Amber clavó las uñas en el suelo de madera, luchando por no irse, pero estas se rompieron por la fuerza con que la halaban las manos. Su respiración se dificultaba, su cuerpo temblaba, desesperada por mantenerse a salvo. Todo en vano.

Me acerqué para ayudarla, pero Dahmer me tomó por la fuerza y me lanzó contra la pared opuesta.

—¿Quieres acompañarla al río? —Cortó mis protestas en un segundo—. Eso pensé.

Bathory no se encontraba por ningún lado, pero Amber seguía en frente a mí, aullando desesperada, chillando cada vez que perdía una uña o un pedazo de dedo, queriendo alcanzarme.

—¡OPAL! ¡POR FAVOR! —Soltó un alarido cuando perdió otra uña.

Vi sus ojos una vez más, reconociendo a mi amiga, la chica que reía conmigo, la que lloraba por amores no correspondidos, la que brillaba en el escenario, suspiraba con las películas románticas y reía más que cualquiera de nosotros con las de comedia. No importaba que estuviera bañada en sangre, allí estaba, y me necesitaba.

—¡OPAL! —Sus ojos frenéticos me buscaron, pero huí su mirada, paralizado.

Más manos salieron de la piscina. Gritó mi nombre, una y otra vez, pidiendo ayuda, pero cada vez que movía un centímetro de mi cuerpo, Dahmer me tomaba con fuerza. Terminé apretando los labios, sin poder retener las lágrimas.

No debería haber dejado que me quitaran eso.

Tenía razón. Fue ella quien tuvo menos problemas, fue ella quien siempre nos escuchó, la que sabía cómo nos sentíamos y hablaba con nosotros hasta hacernos sentir mejor. Nunca decía nada sobre sí misma, a menos a que le preguntáramos, y aún así omitía los detalles que llegarían a nuestros oídos con el paso de los días. Siempre encontraba detalles con los que alegrarnos el día, y siempre se sonrojaba cuando alguien le daba cualquier regalo.

No debería haber dejado que me quitaran eso.

Luchaba igual que una bestia histérica, fuera de sus casillas. Sus ojos se fueron oscureciendo, y noté que dejaba de pensar, de sentir, y solo buscaba sobrevivir, a pesar de más de la mitad de su cuerpo sumergido. *Vivir*, corregí en mi mente. De repente, algo se apagaba en su mirada, dando paso a una bestia que no reconocí.

Amber siempre daba sin esperar nada a cambio. Una sonrisa era suficiente para ella, un “gracias” sincero, el brillo en los ojos, la cara de sorpresa, ya para ella eran retribuciones suficientes. Aún así, cuando aparecemos en su casa para una maratón de películas o una salida improvisada, parecía una niña otra vez. La niña que conocíamos desde siempre.

Era más evidente cuando bailaba. Se olvidaba de sus padres, sus compañeros de clase, de las malas notas, las drogas que le permitían dormir, de las pesadillas que marcaban sus días y sus noches, imágenes, sonidos, y sensaciones con que su mente la torturaba. Todo desaparecía con la música y el movimiento de su cuerpo. Por un momento, parecía ser libre incluso de sí misma.

Había sido el escenario, siempre el escenario. Fue su camino a seguir desde el principio, y ella lo sabía. Amber era diferente, más que cualquiera de nosotros, porque luchaba por mantener la esperanza, igual que estaba luchando en ese momento, en frente de mí, sometida por incontables brazos raquíticos que ya la habían hundido hasta el pecho.

Y se la quitamos.

Yo se la quité.

Mi vio a los ojos, con los suyos llorando negro. Quiso decir algo, quizás una despedida, pero sus labios solo salían gritos primitivos. Con un último alarido que me heló la sangre, Amber Anderson desapareció en frente de mí.

Diez

Mantuve mis ojos fijos en el lugar desde el cual Dahmer y yo volvimos a la playa. Con solo un parpadeo, estábamos allí, con el agua hasta la cintura, sin marca alguna que delatara lo que acababa de pasar. Como si hubiese sido solo una pesadilla.

Después de salir, me senté en el suelo sin saber qué pensar o sentir con respecto a lo que había sucedido. Desconocí mis manos al verlas. Parecían las de otra persona, y a la vez las mías. Dahmer no dijo nada cuando se fue a otro lugar, acostándose con la cabeza hacia el mar cristalino, que le acariciaba los costados.

Quizá debería de haber hecho lo mismo, pues parecía ser la única necesidad humana que conservaba. No sentía deseos de comer, de dormir, e incluso perdía el interés en hablar. ¿Y de qué podía hablar con Dahmer, a fin de cuentas?

Jeffrey Dahmer. Incluso decirlo mentalmente sonaba extraño. ¿De qué me serviría? ¿Con qué derecho lo haría tan siquiera? Mientras yo estaba en ese remanso de paz vacío, a Amber la despedazaban, y ella hacía lo mismo con total seguridad, ya sin saber quién era o quiénes eran sus amigos.

Si es que te puedes llamar amigo. Agité la cabeza, desechando el pensamiento, aunque no con ello su efecto, certero como una flecha. Por suerte, no tendría que pensar por mucho tiempo.

Una grieta apareció en el aire, justo en frente de mí, como si un trozo de tela se rompiera, y el Hombre de Negro salió de lo que parecía ser un universo oscuro. Seguía igual a como lo recordaba, aunque tampoco podía saber cuánto tiempo había pasado desde la última vez que lo viera. Parecía demasiado, y estaba seguro de que *no* era así.

—Bueno, aquello fue más rápido de lo que imaginaba. —Me miró, esperando una reacción—. Espero no me estéis ignorando, Opal.

—¿Debería? —Pregunté sin pensar en las consecuencias.

—Oh, por favor, os acostumbraréis. De todos modos, estoy aquí porque me gustaría hacer las cosas más interesantes.

—¿De verdad? No sabía que teníamos público. —Jadeé cuando se acercó a mí, a centímetros de mi rostro.

—Siempre os veo, pequeño estúpido. No importa en dónde estéis, lo que hagáis, con quién o en qué momento. Yo os veo. —El Hombre de Negro flotó hacia atrás, y también tomé mi distancia, sintiendo la garganta repentinamente seca. Dahmer vino a mi lado y me puso los brazos en los hombros. ¿Se suponía que eso me calmaría?—. Como os decía, quiero hacer las cosas más interesantes, ya que será una competencia bastante *corta*. —Se rió ante esa última palabra, la misma que había usado cuando estábamos en el río—. Tendréis habilidades mejoradas, *poderes*, si deseáis llamarlos así, al igual que los otros dos.

No podía respirar cuando lo escuché. Una parte de mí ya había hecho los cálculos y sospechaba lo que estaba sucediendo, pero era diferente suponerlo, con buenos motivos, a saber que los cuatro nos estábamos...

—Finalmente entendéis lo que está sucediendo aquí, Opal, ¿correcto? —Preguntó como si fuera divertido. Ignoré la leve sonrisa de Dahmer. El Hombre de Negro no dijo nada cuando yo tampoco lo hice. Solo apreté los puños—. Basándome en la historia de nuestro estimado Jeffrey Dahmer, el caníbal de Milwaukee, ambos seréis capaces de emborrachar a los demás con solo

tocarlos, más aún si los besais, y vuestros dientes serán lo suficientemente fuertes como para romper huesos.

—Interesante. —Dahmer se tocó los labios luego de hablar. No sentí nada diferente en mí, y pensé que era mejor así. Una parte de mi mente se preguntaba cuál sería el caso de Dahmer, qué sentía, o qué pensaba, y me estremecí.

—No obstante —continuó el Hombre de Negro con un tono de diversión—, recordad que esto significa que vuestros oponentes también tendrán sus propios regalos, y estaréis lejos de ser intocables.

Con una risa final, su ropa lo cubrió y desapareció por el agujero. Este se cerró detrás de él, dejando unas pocas ondas en la superficie del agua. *Fácil viene, fácil se va.*

Once

El sudor cayó de mi cara. Estaba agotado.

Entendí qué había ayudado a Dahmer a pasar desapercibido por tanto tiempo al verlo. Carecía de esa mirada demente, los ojos penetrantes que tenían los asesinos y psicópatas de las películas. Sus ojos parecían los de cualquier otra persona, al igual que todo su cuerpo.

Uno pensaría más bien que estaba aburrido, como si quisiera estar en otro lugar o como si su mundo interno lo absorbiera de a momentos. El cambio era instantáneo. Luego de golpearme, patearme, dejarme destrozado contra el suelo, parpadeaba varias veces, volviendo a la realidad y se alejaba. Me preguntaba si peleaba así por ser quien era o si había aprendido mientras esperaba en la cueva.

Da igual, bien pudo haber aprendido... Veinticinco años.

Tú también habrías...

Pero no soy un asesino.

Tragué saliva al verlo correr hacia mí e intenté adivinar qué haría. Como era de esperarse, fallé miserablemente. Quise evitarlo, pero Dahmer me apretó el brazo con fuerza, mareandome en el acto. Mis rodillas tocaron la arena. Me libré a tiempo para evitar que me pateara la cara, pero no preví que me golpearía en la cabeza con su codo. Caí de lleno al suelo, cegado.

Quería enfocarme en algo, peor mi mente daba vueltas sin parar. Dahmer aprovechó la oportunidad para tomarme por el cabello y arrastrarme por la arena. Grité hasta que creí que me quedaría sin voz, y me soltó.

¿Entonces así se sentía estar borracho? ¿No coordinar, no pensar, no sentir, y ser un simple pedazo de carne si razón? Lo odié. Siempre odié el olor del alcohol, al igual que Ruby. Ella fue la primera en volverse *straight edge*, y me convenció de hacer lo mismo. Ambos evitábamos cualquier cosa que se pudiera fumar o que tuviese alcohol, orgullosos de nuestro estilo de vida.

Ruby siempre se quejaba de cualquiera que permitiera que el alcohol se metiera en medio de cualquier conversación o evento.

—Es como si estuvieras hablando con una persona diferente, más estúpida, más imbécil, y no lo soporto —me dijo una vez, mientras caminábamos por un parque.

—Sí, te entiendo —concordé—, cambian de a poco, sorbo a sorbo, y luego se desnudan, se ríen de nada o dicen tonterías.

Era un día tranquilo, nublado, con un poco de lluvia y brisa fría. Ambos disfrutábamos cuando el clima estaba así, cuando no sentíamos la necesidad de hacer nada más que solo mirar al cielo para encontrar formas y caras en las nubes.

—Veo un volcán al revés —dijo, de repente, mirando hacia arriba.

—¿Qué? —Me reí de la idea—. Eso no es...

—Mira. —Tomó mi cabeza con ambas manos y me hizo mirar al cielo—. Al lado de la torre azul, ¿lo ves?

—Oh, sí, sí, claro.

—Te lo dije —se rió.

Ruby encontraba la belleza en lugares inesperados, sacando las ideas más interesantes de la nada. Era casi imposible imaginarla estudiando química, lo cual era, según ella, su verdadera pasión. Los tres siempre le decíamos que debería estudiar arte, y Ruby siempre respondía que

pintar y esculpir era solo un pasatiempo.

Era más imposible imaginarla como la hija de una prostituta que podría tener alrededor de diez hermanos de los que no sabía nada. Nunca sabría quién era su padre, y aunque solía decir que no le importaba, habíamos crecido viendo su rostro cuando los demás abrazaban a los suyos. Aprendió a disimularlo con el tiempo, pero los tres sabíamos la verdad detrás de ese rostro desinteresado.

Tenía quince años cuando fue arrestada por primera vez. Intentó robar una billetera, y se libró solo porque el hombre vio las ojeras debajo de sus ojos rojos y los agujeros en donde deberían de estar sus mejillas.

Convenció a la policía de que se fuera y la dejara solo con una advertencia, pagó su cena, y luego despertó desnuda en la habitación de un motel, sin recordar nada de la noche anterior. Ruby nunca contó los detalles, pero nos aseguró que él estaba en la cárcel y que se quedaría allí por mucho tiempo. Era suficiente para nosotros, a pesar de las preguntas.

Nos lo contó en la playa, cuando los cuatro acampábamos en las vacaciones de verano, una playa no muy diferente de la que yo estaba. Volví al presente con una patada al estómago que me tumbó por completo.

Mi cuerpo terminó cubierto de moretones en cuestión de minutos, mientras que el de él apenas tenía marcas. Me concentré en el moretón que tenía en el pecho, tratando de encontrar algo de consuelo en el hecho de lastimar a un asesino serial. Apenas, pero no lo había hecho.

—No me digas que terminaste, Opal —dijo como si lo hubiese decepcionado. Pero claro que sí. Yo era su salida.

¿Su plan no funciona como esperaba? Qué triste. Tuve que ocultar mi sonrisa para evitar cualquier reacción y le di la espalda.

—Solo unos minutos, cinco minutos, y ya. —Me senté en el suelo sin esperar respuesta, y miré el mar, deseando borrar su rostro de mi memoria por un segundo—. Solo cinco minutos.

Quería encontrarle sentido a lo que estaba viviendo, luchar contra las similitudes entre la playa que recordaba llena de risas y esa que tenía en frente, tan vacía y pesada. No pude evitar preguntarme si habría convencido a mis amigos de hacer lo que tenía en la cabeza. De irse conmigo al infierno. Me daba miedo saber la respuesta, incluso de hacer la pregunta.

En cambio, me tragué el nudo en la garganta.

Solo no lo hagas. No lo hagas

¿Hubiera sido tan egoísta?

No. Preguntes. Eso.

¿Quizá lo habría imaginado y ya?

No.

¿Haberlo sugerirlo?

Preguntes.

Apreté los ojos y los abrí.

Eso.

Seguía sin reconocer mis manos. En ese entonces estaba seguro de que eran las de alguien más, alguien en quién no se podía confiar. *¿Somos tan diferentes, después de todo?* Cerré los ojos, sorprendido por mis pensamientos.

—Te ves preocupado —dijo Dahmer, acercándose a mí.

—Pensando, aunque creo que demasiado —confesé—, no lo sé. —Mis ojos no se desviaron del mar inmóvil.

—¿Te importaría compartir? Podría ayudarte, tal vez solo escucharte, si quieres que lo haga. Se sentó detrás de mí. Ni de chiste le diría algo. ¿Qué se creía?

—Preferiría no hacerlo, gracias. —Esas dos últimas palabras quemaron como ácido en mis labios tan pronto como las dije—. Es privado.

—Oh, por supuesto, te entiendo. —Podía imaginar su sonrisa al escucharlo. Su sombra se movió detrás de mí de una forma que no supe interpretar—. Ustedes los *millennials* codician tanto su privacidad. No lo entiendo.

—¿A qué te refieres? —Preferí que fuese él quien hablara, y fingiría escucharlo.

—Que no importa lo que hagas, sientas o pienses, terminarás igual que los demás. La muerte lleva a cualquiera sin juzgar.

—Tal vez.

—Es un hecho, Opal. —De nuevo su voz sonriente—. Guardaste secretos, yo los míos, y henos aquí, los dos en el mismo lugar. La única diferencia es que aún conservas los tuyos, y los míos son cultura general, conocimiento público.

—No soy como tú —espeté en el acto. Un escalofrío me recorrió la espalda cuando me tocó el hombro derecho.

—¿De verdad lo crees? Creo que debo recordarte por *qué* llegaste aquí. —Su dedo trazó una espiral en mi piel. Mi cabeza ascendió por las nubes con cada giro—. O tal vez lo que le hiciste a esa chica, ¿Amber? No fue digno de un pacifista, ¿no crees? —A pesar de escucharlo reír, estaba tan confundido que me fue imposible hablar—. Todos somos capaces de lo impensable, solo necesitamos que algo o alguien nos empuje. Un día eres una persona normal, y al siguiente... —Chasqueó los dedos—. Despiertas con un cadáver en tu cama.

Mi imaginación recreó la escena antes de poder detenerla. Dahmer despierto, desnudo, con un chico sin vida cubierto de sangre seca a su lado. Sonríe al ver sus ojos abiertos de par en par, y acaricia su pecho. Ahora era toda su mano la que tocaba, entumeciendo mi cuerpo entero.

—Somos animales, los humanos. Aprendemos a comportarnos, a ser niños buenos, a domar ala bestia, o eso creemos. ¿Quién es la mascota, Opal? ¿Qué te hace creer que eres tan diferente a *mí*?

—Tú... Disfrutaste... —Me pesaba la lengua—. Lo... Disfrutaste.

—Pero claro que lo hice —admitió riendo—, y mucho, porque acepté mi sombra, y le di el amor que merece. Los demás matan animales, y no son catalogados como enfermos. Piensan que son superiores a todos los demás, cazan, exhiben su trofeo y cuando están aburridos lo hacen de nuevo. ¿Dónde está la diferencia? —Ahora me tocaba con ambas manos—. ¿Cómo dibujas la línea para saber *quién* o *qué* merece vivir?

—Yo... Yo no soy...

—¿Un asesino en serie? —Preguntó con incredulidad—. Puede ser, pero no somos tan diferentes tú y yo, Opal. Mataste a uno y yo a muchos, solo que yo lo acepto y tú te escondes detrás de una máscara moralista hipócrita.

—Tú... Monstruo... —Apreté los labios. Necesitaba, *tenía* que concentrarme. Todo mi cuerpo estaba entumecido.

—¿Sí? ¿Eso crees? —Rió—. A ver, hice trampa, mentí, maté y repetí. Tú hiciste lo mismo, exactamente lo mismo. Mentiste a tus padres, a tus amigos, a ti mismo, te engañaste durante mucho tiempo, queriendo creer que pasabas por *una fase*, que solo estabas confundido, y finalmente mataste, una y otra vez, Opal, y al final de hoy serán tres cuerpos. *Tres*,

Jadeé cuando me cortó con la uña. Mis labios comatosos apenas se movieron, mientras que mi

corazón latió con fuerza. Frustrante era decir poco. Intenté moverme sin resultado, y Dahmer rió al escucharme jadear una vez más.

Me costaba entender lo que me decía con cada segundo que pasaba, al punto de que creía que solo tarareaba una canción desconocida. No sabía qué hacer, si mantener los ojos cerrados o abiertos, a pesar de que para entonces la diferencia era más bien poca.

Podía identificar algunas formas, un par de colores, pero eso era todo. En cualquier momento me desplomaría en el suelo, incapaz de reaccionar.

—Pasar toda una vida convenciéndote de lo contrario es una forma triste de desperdiciarla y explica que te cueste tanto aceptar las cosas de un momento a otro. Piénsalo, Opal. —Hubo algo en la forma en que lo dijo que me hizo creer que se refería a que en realidad no había diferencia alguna entre ambos—. Nos parecemos más de lo que crees, ¿sabes? —Susurró a mi oído, poniéndome los pelos de punta—. Relájate, te veo tenso. Solo respira. —Su aliento me acarició la oreja—. Verás que todo se aclara.

—¿Qué...? —Tenía la mente embotada.

Algo se sacudió dentro de mí. No me gustó. Eso no me gustaba. No me gustaba hacia donde iban las cosas, lo que decía, lo que hacía, especialmente lo que hacía *conmigo*. *Pelea*. *Lucha*. *No te dejes*.

—Sería más fácil así, Opal. —Claro que sería más fácil dejarme llevar, dejarlo hacer lo que le diera la gana conmigo, pero no significaba que lo permitiría. Apreté los dientes—. Solo cierra los ojos, y yo haré el resto. —Su voz aterciopelada embriagaba mis sentidos como un manto neblinoso.

—¿Qué? —Luché, buscando la manera de salir de entre las brumas que me asfixiaban. Todo me daba vueltas. Tragué grueso y me esforcé en hablar fuerte y claro—. ¿A qué te refieres?

Presionó sus dedos con más fuerza en mi piel, como si quisiera perforarme con ellos, enviando una avalancha de anestesia a todo mi sistema. Me quedé sin aire y mi cuerpo perdió firmeza, dejándose caer por un segundo. Apoyé la mano a mis espaldas, buscando soporte, y reparé en que era el muslo de Dahmer. Quise moverla, pero mis músculos no respondieron como esperaba. Habría caído a la arena de no ser porque me sostenía con una dolorosa firmeza. *Lucha*. *Lucha*. *Eres mejor que esto*. *Eres mejor que él*.

—Me refiero a que... —Sus manos acariciaron mi pecho desnudo, bajando con lentitud, desorientándome todavía más. Su voz... Esa voz... ¿Cuándo se volvió tan melodiosa?—. Me refiero a que podrías necesitar un descanso, relajarte un rato, dejarte llevar.

Sentí algo duro detrás de mí, justo donde terminaba mi espalda.

—¡Quítate de encima! —Lo golpeé con el codo, finalmente libre de su agarre. *No vuelvas a dejar que llegue tan lejos de nuevo*. Nunca.

—Tomaré eso como un no.

Se alejó en silencio con una sonrisa felina.

Doce

Miraba el agua cuando llegó la primera patada.

Me revolví inquieto, Incapaz de ver nada cuando mi cabeza impactó la arena. Por un segundo lo había logrado, olvidarme de mí, del Hombre de Negro, de Dahmer, y de todo y todos.

—Fácil, fácil, —dijo más cerca mi oído de lo que consideraba cómodo para mí—, podemos hacer esto bien, dejarte un buen recuerdo o hacerlo por las malas y que sea desagradable. ¿Qué piensas al respecto?

—¡Púdrete! —Me sacudí, queriendo liberarme.

¿En qué mierdas había estado esperando durante todo ese tiempo? ¿Acaso eran vacaciones? No era solo una playa, y no era solo un hombre. Estaba atrapado, estaba muerto, *muerto*, condenado, y era momento de hacerle frente.

Fue años atrás cuando tocamos el tema por primera vez, justo cuando Ruby nos contó todo. Como no podía ser de otra forma, fui yo quien lo trajo a colación. En ese momento, el suicidio parece ser solo una opción más. En caso de emergencia, rompa el vidrio. Todos me miraron como si estuviera loco, y aterrados, Ruby más que cualquier otro, pero al final entendieron mi punto.

—Es empezar de nuevo, borrón y cuenta nueva —dije mirando la fogata en medio de los cuatro—, y no recordar nada de lo que pasó antes.

—Opal, no lo sé. —Ruby me miró inquieta, acariciándose los brazos desnudos—. Es demasiado... drástico. —Miró a Obsidian, pero este solo me miraba a mí, interrogándome con los ojos.

—El fin justifica los medios, ¿no? —Sonreí con la cabeza baja—. Si en algún momento pasa algo, podemos irnos, simplemente olvidarlo todo y empezar después de un descanso, después de estar en paz.

—¿Qué te dice que será así? —Preguntó Obsidian.

—¿Y por qué no? —Contraataqué—. Todas las religiones dicen que Dios te ama, ¿no? Que no importa lo que hagas, podrás descansar, y algunas dicen que puedes volver después de un tiempo.

—¿Y crees que podrías hacerlo?

—Aquí y ahora te diría que no, obvio, pero si llega el momento, ¿por qué no?

Obsidian guardó silencio. La tensión se sentía en el ambiente, y solo se rompió cuando Amber se levantó sin decir nada para volver a la cabaña que habíamos rentado.

Desde que nos conocimos en el primer año del bachillerato, los cuatro habíamos hecho una promesa. Durante las vacaciones iríamos de viaje a algún lugar, solo los cuatro, para olvidar, pensar y pasarla bien. Nuestros padres no estuvieron de acuerdo al principio, pero cambiaron de parecer al ver que éramos como hermanos.

En parte, lo éramos. Estábamos juntos contra viento y marea, haciendo caso omiso a las bromas, los ataques, el abuso y el acoso. A Amber la habían tildado de loca, a Ruby de puta, a Obsidian de basura y a mí de marica. Los cuatro inadaptados pasaron a ser El Club de los No Muertos, una sociedad secreto que no admitía nuevos miembros.

Aunque el nombre vino de boca de los demás, a nosotros nos gustó. Adoptamos la rosa como símbolo personal luego de que Obsidian la sugiriera mientras preparábamos una exposición de biología.

—Puede significar cualquier cosa, desde amor y magia hasta secretos y muerte, y hoy en día la

gente la mira con desprecio por ser tan común —nos explicó con una sonrisa.

—¿Dices que somos comunes? —Bromeó Amber.

—No, a ver, digo que podemos ser cualquier cosa aunque nos desprecien, como la rosa.

—Aaaaah, ya veo por dónde vas —dije cuando entendí—, y me gusta.

Él me dirigió una sonrisa que no entendí en ese momento, aunque sí sabía que significaba muchas cosas, varias de las cuáles aún no se atrevía a decirme. Sin embargo, yo también guardaba mis secretos, al igual que él, al igual que las chicas, y estaba bien. Los cuatro conocíamos los límites de cada uno, y los respetábamos sin problema.

La rosa era un símbolo perfecto, un emblema de orgullo, de fuerza. Que fuese negra nos chocó por un momento, era *demasiado* común, un cliché, pero no existía tal cosa como una rosa negra. Para nosotros, era un emblema de renacimiento, una rosa sin límites, que simbolizaba la otra vida.

Muchos se rieron cuando nos vieron llegar un día con rosas negras en algún lugar del cuerpo. Amber tenía una pulsera en su mano izquierda, por las heridas del pasado que arrastraba, Ruby unos aretes, para quitarle poder a lo que escuchara, la de Obsidian colgaba de su cuello, justo en su corazón, para ser fiel a sí mismo, y la mía estaba en un anillo, el cual llevaba en mi anular derecho. Internamente, estaba casado con el cambio, la muerte metafórica, esperando evolucionar.

A pesar de todo, de las promesas y los sueños, esa no era vida después de la muerte que esperaba cuando tomé el cuchillo. No era el descanso que me había prometido la iglesia, y recordé que esta no prometía salvación alguna para los suicidas. Qué idiota. Era mejor estar allí, seguir soportando, aguantando. Claro...

Si no había pedido permiso para venir al mundo, ¿por qué debería de pedirlo para irme? ¿Quién si no yo era capaz de decidir si podía seguir adelante o no? Si era mi vida, también era mi muerte. *Mia*.

Cuando su mano cubrió mis labios, mordí tan fuerte como pude, ignorando la oscuridad que me rodeaba. Podía escuchar un grito de dolor en la lejanía. Cuando Dahmer trató de liberarse, mordí más y más fuerte hasta que algo líquido me llenó la boca.

Me dio un puñetazo en la cabeza. *Más fuerte*. Algo me rebanó la espalda. *Más fuerte*. Me soltó cuando sentí que un dedo caía. Escupí por instinto, pero disfruté del sabor metálico y dulce.

Ví blanco por un instante. Mis labios se curvaron en una sonrisa que no reconocí, y no me importó. Sus gritos me dejaban un sabor dulzón en la lengua, como la miel. Era música, puro deleite. Escupí un segundo dedo. Me regocijé al ver la cara de Dahmer, que no entendía lo acababa de hacer.

Me atacó cuando estaba por levantarme. La arena me molestaba, al igual que la sangre, y quería limpiarme por lo menos con el dorso de la mano, pero Dahmer se estrelló conmigo y se las arregló para permanecer encima de mí, enterrando mi cara en la arena una vez más.

Supe que la marea subía cuando el agua me acarició la frente. Me sacudí de nuevo, tratando de liberarme, pero Dahmer me tomó un brazo y lo retorció en mi espalda, inmovilizándome y arrancándome un grito en el acto.

—¿Entonces te gusta rudo? —Bromeó con voz de maniático—. No importa. Te mostraré que tan *rudo* me gusta.

Que así sea.

Perdí el control cuando quiso entrar en mí, enterrando sus uñas en mi cuello tan profundo como podía, bajando su mano como si saboreara el recorrido. Me agité desesperado, gritando tanto como pude, hasta que logré voltearme.

Le escupí y le di un golpe lo suficientemente fuerte en la nariz que terminé cubierto en

sangre. Solté un grito de dolor cuando la arena entró en mis heridas, al igual que el agua salada. Cuando lo vi a los ojos, solo por un segundo, me paralicé ante sus pupilas rojas. Reaccioné a tiempo para cerrar su mandíbula con un codo, cortándole la lengua.

Dahmer me escupió sangre antes de caer a mi lado. Aproveché la oportunidad para levantarme mientras que él se revolcaba, riendo como el desquiciado que era. *No necesitas entender nada.* Nada.

—¡Extrañaba esto, maldita sea! —Dijo entre risas ahogadas sin dejar de moverse.

Ahora que podía pensar con más claridad, mi mente ató los cabos necesarios para salir de esa situación. Estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta con tal de que me dejara en paz.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me divertí así. —Dahmer me miró directo a los ojos. Los suyos estaban rojos de nuevo, acompañados por una sonrisa deformada, como si se hubiese dislocado la mandíbula.

Sin esperar una respuesta de mi parte, Dahmer se arrastró por la arena buscando tomarme por los pies. Retrocedí hasta quedar fuera de su alcance, alejándome también del mar, y solo me detuve cuando él lo hizo.

—¿También te diviertes, Opal? —Lo miré mudo. Estaba cubierto de arena y sangre, al igual que yo. Me ardían los ojos y reparé en que todo el cuerpo me dolía. Mi corazón parecía querer salirse de mi pecho.— Porque yo sí.

Dahmer volvió a gatear, esta vez más rápido, como si su vida dependiera de ello, y en cierto sentido era así. Al igual que la mía. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, traté de patearlo, pero el interceptó mi pierna, clavó sus uñas en la carne y me lanzó al suelo una vez más.

Me dejé caer pero encima de él, tratando de tomarlo por el cuello.

—Oh no no no no no no no no no —dijo a toda velocidad, todavía sonriendo.

Me derribó con un puño en la cara para luego darse vuelta, me lamió la oreja derecha, cegándome, y apenas sensible al dolor cuando me la arrancó con los dientes. Quise creer que lo escuché no era él tragando mientras llamas blancas me consumían.

—He esperado mucho tiempo por esto, Opal. —Un golpe en la espalda me dejó sin aliento—. Demasiado, diría yo. —Me levantó tomándome por los cabellos. Había recuperado la sensibilidad y sentía al sangre manar de las heridas—. ¿Sabes lo que estar en una maldita cueva sin nadie con quien divertirte? —Escupió en donde debería estar mi oreja, adormeciendo mi cuerpo de nuevo—. Claro que no, no lo sabes, pero no pasa nada, no te preocupes por eso. —Su mano libre me tomó del cuello, apretó hasta cortarme la respiración. Justo en donde lo sentí la primera vez, algo se endureció detrás de mí. *No*—. Tranquilo, todo estará bien, no tienes de qué preocuparte. —Sentí presión y se me cortó la respiración. *No*—. Todo estará bien—. Más presión. *No*. Algo forzaba su paso hacia mi interior. *Otra vez no*.

Desperté de repente. Mi codo golpeó su cara, me di la vuelta y seguí golpeando hasta que lo vi a mi lado. Ahora *yo* estaba encima. Abrí sus piernas de golpe y mordí en el medio, jalando con fuerza. Quise escupirle en la cara, pero se retorció tanto que su carne terminó en la arena mientras él se convulsionaba y chillaba. Su sangre también estaba coagulada.

Algo me alejó de Dahmer, como si me jalara desde atrás. Luché contra el aire. Quería quedarme allí, *tenía* que quedarme allí. Veía sus rostros en las muecas de Dahmer, y quería que siguieran allí por más tiempo.

Podía ver sus expresiones sádicas cuando me sometieron, primero a mí, y luego a mis amigos. Las mismas caras que aparecían en mi cabeza cuando tomé el paquete de pastillas. Aún podía sentir sus manos por mi cuerpo, la forma en me usaron, el dolor, la vergüenza y el odio. Un odio

que me quemaba las entrañas como si fuera ácido.

Grité, clavé los dedos en la arena, insulté a todo lo que se me cruzó por la cabeza, pero sin resultado. Me desesperó todavía más ver que Dahmer venía conmigo, pero que no podía tocarlo.

Cuando vi hacia atrás, me percaté de que el agua hervía más que antes. Incluso se veía el vapor saliendo de ella y las burbujas descontroladas en la superficie. ¿Tanto tiempo nos habíamos resistido?

Tragué saliva antes de rendirme

Trece

Abrí los ojos cuando caí en el suelo. Mis huesos tronaron al moverme por primera vez, y mis ojos no lograban descifrar lo que me rodeaba, apenas capaces de distinguir algunas formas. Me levanté con dificultad, mirando a todas las direcciones posibles, y tuve que apoyarme en las paredes. No ver nada me confundía. Mi corazón latía sin control, mis pulmones pedían aire a gritos.

El sonido de algo al moverse cerca de mí me hizo reaccionar, o por lo menos a mi cuerpo. Aunque me di la vuelta y agudicé la vista, no pude ver nada. Tampoco esperaba estar solo en esa casa. Sonreí sin motivo.

Algo me golpeó a un costado de la cabeza, tirándome al suelo. Adivinando lo siguiente que haría aquella persona, moví la cabeza, escuchando cómo Obsidian se quejaba del dolor luego de que su puño atravesara el suelo de madera.

No pensé. Mi mente se apagó, y mis brazos se movieron con vida propia, lanzándolo lejos de mí. Escuché su quejido al aterrizar, pero también el sonido de sus uñas arañando el suelo. Un gruñido llegó a mis oídos desde atrás, pero no me atreví a voltear.

Salí corriendo y subí por las escaleras de madera que estaban a mi lado. El gruñido se convirtió en un rugido, y algo se movió detrás de mí. Apresuré el paso, preguntándome si debería preocuparme por Obsidian, quien parecía estar fuera de sí, de quien fuera que estuviera con él, o del propio Dahmer. No podía confiar en nadie.

Solo.

Estaba solo.

Solo.

Sin nadie.

Solo.

Se me erizó la piel al escuchar los pasos que venían tras de mí. Solté un bufido y salté los escalones de dos en dos. Necesitaba poner distancia. *Tenía* que poner distancia. Lágrimas escaparon de mis ojos.

Escapar.

Huir.

Como siempre.

Mi mente se retorció cuando Obsidian me golpeó en la espalda. Me sostuve de la balaustrada, mirando hacia abajo. Dahmer estaba en el suelo, forcejeando con un hombre cuya capa negra lo cubría por completo, y que intentaba clavarle una daga en la cara. Dahmer parecía sostenerle el brazo, pero su cuerpo no se movía. Obsidian me pateó en las costillas, sacándome el poco aire restante de los pulmones.

Cuando me voltee para defenderme, no le vi en ningún sitio. Estaba rodeado por sombras sin importar a dónde viera pero, cuando quise levantarme, sus manos salieron de la oscuridad, tomándome del cabello.

Chillé de dolor mientras me arrastraba por los pasillos negros. Le clavé las uñas en las manos con toda la fuerza que pude, pero Obsidian no se detuvo, ni siquiera le escuché jadear o quejarse a pesar de la sangre que manaba de sus heridas.

Intenté morderle una pierna, pero me pateó con fuerza, haciéndome escupir sangre. Cuando me

pisó la cara, el suelo de madera crujió ante la presión, y por un momento pensé que se desmoronaría con nosotros allí. La idea me pareció un mejor escenario.

Me liberé propinándole una patada en la entrepierna, y tuve que ignorar el grito de dolor que escuché. Lo tomé como él había hecho conmigo, golpeando su cara contra la pared. Escuché que algo se rompió en su cabeza. No supe cómo sentirme, así que solo me olvidé de sentir, de pensar. Tenía que actuar. Solo actuar.

Rápido y efectivo.

El grito de Dahmer en la planta baja me erizó la piel. Parecía el de un animal frenético, herido, desesperado, pero iracundo. Mi mano fue directamente a donde debería estar mi oreja, e imité a Dahmer, arrancándole la derecha a Obsidian con los dientes. Su cuerpo convulsionó por un segundo, para luego quedarse tranquilo, con la excepción de sus jadeos.

Grité cuando le clavé las uñas en la espalda desnuda, trazando largas líneas de rojo carmín de arriba hacia abajo, para luego escupir la oreja en ellas. Obsidian jadeó de nuevo, debatiéndose entre el dolor y el entumecimiento, la vida y la muerte.

Le di la vuelta para darle fin a ello, y me paralicé.

—...*dame* —susurró—, *ayúdame*. —Cuando vi su rostro cubierto de sangre, la mueca de dolor que había transformado sus expresiones, el tabique desviado y sus labios rotos, regresé en mí—.

Opal. —Lágrimas carmesí bajaron por sus mejillas—. *Por favor*.

Conforme el efecto pasaba y recuperaba la sensibilidad en su cuerpo, los sollozos de Obsidian escalaron con rapidez hasta volverse aullidos imposibles. Cada uno de sus músculos se retorció del dolor. Retrocedí con torpeza y choqué contra la pared, sin reconocerlo en ese momento, ni a mí.

Sin importar lo que dijera su familia, Obsidian siempre conseguía una manera de verse conmigo. Ambos escapábamos para olvidarnos de la vida real por una tarde, a veces hasta por una noche. Podía contar con Amber y Ruby, ¿pero Obsidian? Nunca dudó en poner las manos en el fuego por mí.

Siempre había estado allí para mí cuando más lo necesitaba, siempre era el primero en consolarme, el primero en decirme que todo estaría bien, en animarme cuando estaba por darme por vencido, ¿y así le pagaba? ¿Esa era mi retribución?

Dahmer rugió en el piso inferior, esta vez victorioso. *Él*. *Él sí se lo merecía*. Me acerqué a Obsidian, quien no dejaba de moverse, y uní sus labios con los míos como muchas veces había hecho, a pesar de sus miedos, sus inseguridades, y de que no se sentía listo para dar el paso que yo sí había dado.

Mis lágrimas corrieron por su pecho desnudo y ensangrentado, nublando sus sentidos una vez más. Apreté sus cara con ambas manos, notando cómo su respiración se normalizaba. Cuando me separé de él, su pecho subía y bajaba como debería, y sus ojos se mantenían cerrados. Creí ver el intento de una sonrisa en su rostro, pero estaba tan oscuro que era imposible estar seguro. De todas maneras quise creer que sí.

—Perdóname. —Me faltó valor para mantener los ojos en su cara, pero no separé mis manos de él sino hasta que sentí que se había desmayado definitivamente—. Nos vemos algún día —me despedí, a pesar de que no me escuchaba.

Regresé a la noche del campamento en la playa, Ruby y Amber habían ido a dormir y solo quedábamos él y yo, como muchas otras veces, la noche en que decidí contarle todo, dejar salir cada secreto que llevaba su nombre.

Mi sorpresa fue mayúscula cuando, por respuesta, tomó mi mano con la suya, y limpió mis

lágrimas. Me miraba con una sonrisa que se grabó para siempre en mi memoria. La paz que sentía en ese momento se parecía demasiado a la que reflejaba su rostro cuando me levanté.

Lo único de lo que me arrepentía era de que ni Amber ni Ruby sabrían de nosotros, aunque no dudaba de que se hubiesen alegrado. Salí de allí corriendo antes de pensar. Solo. Bajé los escalones, sabiendo que no tendría mucho tiempo antes de que Obsidian recuperara la sensibilidad. Volvía a estar solo.

Solo.

Huir.

Vi a Dahmer tan pronto como estuve en la planta baja, dándome la espalda.

Solo.

Escapar.

Solo

Estaba solo.

Siempre terminaba estando solo.

Me le lancé encima con un grito que me hirió la garganta, tomando su cuello con ambas manos. El hombre debajo de él soltó una carcajada, clavándole un puñal en el estómago antes de patearnos a ambos.

Me mantuve sujeto a su cuello mientras rodábamos por el suelo de madera, ignorando los insultos y maldiciones que me dirigía. Apreté los dientes, clavándole las uñas en la yugular. Después de todo, Dahmer tenía razón. Todos podemos ser asesinos. Solo hay que conocer a la persona correcta, pasar por la situación correcta. Había tenido razón desde el inicio.

Un charco de sangre nos rodeó en cuestión de segundos.

Dahmer me golpeó con el codo, tomó mi brazo y me arrancó un pedazo de un mordisco. Mis sentidos se apagaron de golpe, aturdiendome. Me tambalee y rodé por el piso, sin saber qué era real y qué no.

Obsidian.

Obsidian.

No tienes tiempo.

Recuerda a Obsidian.

Me obligué a abrir los ojos, enfocando cuanto podía.

Se los debes.

Obsidian.

Ruby.

Amber.

Se los debes.

Cobarde.

Me llevé las manos a la cabeza, deseando silenciar mis pensamientos. Sabía que pronto volvería a sentir, que ya recuperaba el control de mi cuerpo, pero mi mente... no podía confiar en mi mente. Nunca había podido, y no haría ninguna diferencia si estaba vivo o muerto.

Muerto.

Destruído.

Derrotado.

Solté un grito cuando alguien me clavó un puñal en el estómago y una mano me removió los intestinos.

—¿Qué te crees? —La voz de Dahmer me llegó distorsionada, con eco, como si fuera la de una

bestia en vez de la de un hombre. *¿No lo son todos los asesinos en serie?* Su aliento me rozó la nuca antes de voltearme. Su cara se veía tan borrosa que apenas podía reconocerla—. Te sientes valiente, ¿no? —Con una patada en la herida, Dahmer me cegó del dolor. Escuché una risa lejana y que alguien decía algo, aunque ya no escuchaba bien. Seguro esa persona estaba más cerca de lo que creía—. Cierra la boca, Jack.

Entonces es él.

Nunca había tenido posibilidad de ganar. Ya lo sabía cuando todo empezó, en parte. Si así había sido durante mi vida, no había razones para creer que las cosas cambiarían durante mi muerte. Pero por lo menos evitaría que uno de esos dos volviera a la tierra.

Con un grito de dolor, me levanté y clavé los pulgares en los ojos de Dahmer. Les di vuelta hasta que no pude más y me derrumbé, jadeando y cubierto en sudor frío. El dolor me enloquecía, pero no me permitía pensar, y no quería pensar.

Tantas noches había pasado en ese plan, haciéndome daño para no pensar, anesteciándome a base de hojillas y navajas. Había funcionado, siempre funcionaba, pero esta vez surtía más efecto del necesario.

Estaba aterrado.

Me costaba recordar, razonar. Imágenes se cruzaban en mi cabeza sin control, mientras que Dahmer chillaba a pocos pasos de mí. Nuestra primera salida al cine, los cuatro, las citas a ciegas que solía prepararme Ruby, las noches de película en mi casa, ver a Amber en el escenario, las salidas a los restaurantes, los días en que improvisaba recetas en la cocina de Obsidian, los dos jugando como si fuéramos niños pequeños...

Él y yo nos volvimos expertos en ignorar los comentarios de nuestros padres, o eso queríamos creer. Principalmente yo. Me repetía que no me importaban las peleas, los insultos, incluso los golpes o las amenazas. De todas maneras, Ruby y Amber me cubrían los moretones cuando nos reuníamos los cuatro.

Todo se había ido. Todo. Y yo iba por el mismo camino.

Mis emociones siempre tomaban el control de mí, me amordazaban cuando menos lo esperaba, derrumbándome de adentro hacia afuera. De un segundo a otro, estaba llorando y tenía que ser alguno de ellos tres el que me consolara y evitara que cometiera alguna locura.

Más de una vez había terminado en la sala de emergencias cuando estaba solo, más de una vez había danzado al borde del abismo. Conocía a los demonios, sus nombres, cada una de sus caras, pero no conocía la mía.

Ya no sabía quién era, cuál era la línea que nos separaba a mí y a mi sombra. Perdía cada una de las batallas cuando estas tenían lugar, y estaba por perder otra, solo que esta vez no caería yo solo. Luego de tantos demonios, solo había uno a mi lado, y podía hacer algo al respecto.

Ignoraba lo que me pasaba, pero con solo pensar en Obsidian, en que podía levantarse en cualquier momento, me obligué a moverme una vez más. Caí de bruces encima de Dahmer, y le clavé los dientes en el cuello, arrancando tanta carne como podía.

No sentí, no saboreé, simplemente arranqué, escupí y volví a morder. Sus gritos me destruían los oídos, mis dientes empezaron a sensibilizarse, sentía que mi cuerpo se quemaba por dentro, pero seguí arrancando y escupiendo tanto como podía.

El cuerpo de Jeffrey Dahmer se fue paralizando, quedándose cada vez más quieto, hasta que dejó de moverse por completo. El mío parecía entumecerse, como si se fuera durmiendo por la fuerza.

Me miré en el reflejo de sus ojos inmóviles, cayendo en cuenta por primera vez que estaba

bañado en sangre negra, sangre coagulada. Y sonreí. Había tenido razón desde el inicio.

Me dejé caer a su lado, y me arrastré como pude hacia ningún lugar, sin saber qué hacer o dónde ir.

—¿Quieres que acabe con tu miseria?

Perdóname.

Era la misma voz de antes, y ahora que sabía a quién pertenecía no estaba seguro de si debía responder o no. Un quejido afirmativo escapó de entre mis labios antes de poder pensar con claridad.

—Eso pensé. —Parecía sonreír por la forma en que hablaba, aunque las sombras ocultaban su rostro. *Perdóname*—. Solo tomará un segundo. —Me quedé en silencio. *Perdóname.*

En un abrir y cerrar de ojos, me abrió la garganta con un corte limpio.

Las manos salieron del piso inmediatamente, y no puse resistencia cuando me tomaron con firmeza, sus palmas quemándome como si fueran hierros al rojo vivo. Solo esperaba estar en lo correcto y no tener mente ni recuerdos cuando llegara al río.

Te a...

Las palabras que nunca alcancé a decirle a Obsidian se disolvieron en la nada cuando mi mente se apagó.

Nota final

Lejos de querer idealizar el suicidio, lo que buscaba con Rojo Carmín es mostrar de qué manera se trastorna la mente de una persona bajo las circunstancias “adecuadas”. Aquí importa la reacción en vez de la acción, por eso no desarrollé tanto el pasado de los personajes. Se supone que son chicos cualquiera, muchachos de esta era, pero que tomaron una mala elección.

Muchas veces nos preguntamos qué es lo que hay del otro lado, qué es lo que nos espera, y varias veces escuché también que no encuentras nada que no sea justo lo que te llevas contigo. Empaca amor, y encontrarás amor; empaca frustración, y encontrarás frustración. Opal, Obsidian, Ruby y Amber empacaron desespero, miedo, ira y represión, y eso fue justo lo que encontraron al irse de este plano físico.

Lejos de querer ponerme moralista, me gustaría que cada quien decida cómo ver y entender esta historia, aunque creo que mi punto ya quedó bastante claro. No obstante, sí me gustaría aclarar algunos puntos menores.

Empecé con esta historia para participar en el *Open Novella Contest 2019* de Wattpad, cuando tomé la idea que planteaba el perfil de fantasía oscura. Me pareció interesante explorar lo que podría ser un inframundo *distópico*, uno que no le diera descanso a los muertos. Las ideas nacieron solas, y por primera vez me detengo a pensar en qué pueden significar, ahora que la historia está completa.

Cuatro es un número de balance, de equilibrio y seguridad, pero también puede ser restrictivo, limitante. Cuatro lados tiene el cuadrado, y bien puede ser el suelo en donde pisas o la cárcel que habitas. Esa es la naturaleza de la amistad de los cuatro personajes principales: cuatro almas en una amistad tóxica en donde la desgracia es su motivo para mantenerse juntos.

¿Sus nombres inspirados en piedras? El ópalo es una piedra que me encanta, y tuve uno blanco hasta hace poco, que bien puede ser negro o blanco, y me gusta imaginar que Opal es albino. Es una piedra de calma, paz y serenidad, aunque también llena de energía. La obsidiana absorbe la negatividad y defiende, y su variedad nevada absorbe cualquier amenaza para enviarla a un vacío sin fin. El rubí da fuerza, intrepidez, valentía, pero también ira, mientras que el ámbar otorga calor, equilibra las emociones y se dice que es la piedra de la vida. Cada piedra se relaciona en mayor o menor manera con el personaje al que bautiza.

En la mitología griega, el barquero Caronte es el responsable de llevar las almas a su descanso eterno, cruzando un río. ¿Qué mejor limbo que un río infinito y oscuro? Sin embargo, estas almas no tienen dueño ni rumbo, así que son ellos quienes reman hacia ningún lugar.

Ahora, el tema de las segundas oportunidades. En esta historia, dejé que hablara mi ira con respecto al suicidio, me permití creer que estas personas merecían un castigo por renunciar a la vida, a pesar de que pienso todo lo contrario (esto lo plasmé en otra historia, pero por el momento no me siento cómodo sacándola a la luz). Me hice creer que no merecían descansar, y así nació el Hombre de Negro, una suerte de maestro de ceremonias infernal encargado de organizar los enfrentamientos entre los suicidas y emparejarlos con sus tutores.

El que un suicida deba trabajar mano a mano con un asesino serial es solo humor negro y cruel, y admito que quizás un poco rebuscado. Estos chicos se ven cara a cara con lo peor de la sociedad, y confío en que hayan reconocido los nombres de los asesinos.

Particularmente me llama mucho la atención la historia de Dahmer. Un hombre con ese poder de

manipulación, capaz de engañar a la policía por tanto tiempo, es increíble. Bien es cierto que Bathory también engañó a muchos, pero en su época la palabra de un campesino no era nada contra la de una noble, sin importar los rumores que la rodearan. Algo similar sucede con Jack el Destripador, quien a pesar de nunca ser descubierto y cometer los crímenes perfectos, permanece en el anonimato solo porque no habían recursos para atraparlo en la época Victoriana.

Dahmer es distinto. A finales del siglo XX, este hombre logró asesinar sin compasión a adultos y menores, manipular a la policía, pasar desapercibido y llegar a un nuevo nivel de cinismo. Cuando vi una entrevista que le hicieron luego de atraparlo, el desinterés que sentía por sus víctimas me puso los pelos de punta.

Finalmente, ¿qué hace que Jack sea merecedor de una segunda oportunidad en lugar de Dahmer? Sencillo: Opal cree que Obsidian puede equilibrar la balanza. Una persona puede marcar la diferencia, y Opal se da cuenta de ello, tarde, y bastante tarde, pero lo hace.

Muchas veces nos preguntamos si realmente somos capaces de hacer algo que valga el tiempo y el esfuerzo que pongamos en ello, y desestimamos todo pensando en que una persona no puede lograr mucho por su cuenta. Bathory, Jack y Dahmer son prueba de lo contrario, aunque prefiero pensar en que nadie los tenga como ejemplos a seguir.

De nuevo, esta historia no pretende alentar y retratar el suicidio a través de un lente positivo o condenar a quienes lo han intentado o cometido, sino mostrar cómo piensa, actúa y reacciona alguien que lo idealiza. Pasé por una etapa así, y tuve que recordar ese tiempo para que la historia fuese lo más honesta posible.

Quedan algunas preguntas sin responder, como por qué no mostré las escenas de Ruby, por qué solo nombro el apellido de Amber, de dónde viene el Hombre de Negro cuando aparece ante Dahmer y Opal, y muchas más, pero lo dejo al criterio de cada lector. Yo tengo mis teorías al respecto, y es mejor que cada quien tenga las suyas. Tener varias ideas al respecto es una de las ventajas que ofrece un mundo pequeño como el de Rojo Carmín.

Finalmente, gracias por darle una oportunidad a estos cuatro chicos, al Hombre de Negro, por viajar conmigo y llegar hasta aquí. Nos vemos pronto con otra historia.

1 de febrero de 2020
01:55 PM
Maracaibo, Venezuela.